

**HACIA UNA ESPIRITUALIDAD DE LA FELICIDAD
ACERCAMIENTO A LA PROPUESTA DE JOSÉ MARÍA
CASTILLO**

**LUIS ALEJANDRO ALMÉCIGA TOVAR PBRO.
LUIS ÁNGEL CUENCA SERRANO PBRO.**

**UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA
FACULTAD DE TEOLOGÍA
BOGOTÁ D.C.
2010**

**HACIA UNA ESPIRITUALIDAD DE LA FELICIDAD
ACERCAMIENTO A LA PROPUESTA DE JOSÉ MARÍA
CASTILLO**

Trabajo para obtener el título de Licenciado en Teología

**LUIS ALEJANDRO ALMÉCIGA TOVAR PBRO.
LUIS ÁNGEL CUENCA SERRANO PBRO.**

Director
Olvani Fernando Sánchez Hernández
Magister en Teología
Decano Facultad de Filosofía. Universidad De San Buenaventura

**UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA
FACULTAD DE TEOLOGÍA
BOGOTÁ D.C.
2010**

RAE

1. TIPO DE DOCUMENTO: Trabajo de grado para optar por el título de Licenciado en Teología.

2. TITULO: Hacia una espiritualidad de la felicidad, acercamiento a la propuesta de José María Castillo

3. AUTORES: Luis Alejandro Alméciga Tovar Pbro.
Luis Ángel Cuenca Serrano Pbro.

4. LUGAR: Bogotá, D.C

5. FECHA: Junio de 2010

6. PALABRAS CLAVE: Alegría, felicidad, libertad, santidad, virtud, espiritualidad, oración, pastoral, pecado y santo.

7. DESCRIPCIÓN DEL TRABAJO: Este documento refleja una aproximación a un estudio del concepto de la santidad y la felicidad, realizado desde el teólogo José María Castillo y otras fuentes; con el fin de visualizar las imágenes del ser santo. En este sentido, el ejercicio investigativo le apostó a buscar una respuesta al presupuesto inicial: sí es posible ser santo y ser feliz.

8. LINEA DE INVESTIGACIÓN: Se enmarca dentro de dos perspectivas: investigación cualitativa y seguimiento del Teólogo José María Castillo.

9. FUENTES CONSULTADAS:

CASTILLO SÁNCHEZ, José María. Teología para comunidades. Madrid: San Pablo, 1990.

CASTILLO SÁNCHEZ, José María. Dios y nuestra felicidad. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001.

CASTILLO SÁNCHEZ, José María. Espiritualidad para insatisfechos. Madrid: Trotta, 2007

10. CONTENIDOS: Desde la experiencia pastoral de la vivencia de la fe en muchos creyentes que quieren alcanzar la santidad, surge una inquietud: ¿Los católicos que participan en las celebraciones litúrgicas, son felices? Pues notamos que la expresión de la fe carece en muchos momentos de esa felicidad que quiere Dios para su creación. La respuesta, la podemos encontrar desde un teólogo español José María Castillo, que en un primer momento será nuestro derrotero a seguir. Nos ayudarán otras ciencias como la psicología, la antropología, la teología moral, bíblica y dogmática entre otras. Todo esto, dará claridad, porque no podemos vivir una vida de fe si somos tristes y aburridos. Si la presencia de Dios no da alegría a nuestra existencia, nuestras prácticas de fe serán ineficaces, además somos conscientes de que ser santo sí es posible, pero no desde el dolor, camino válido también, sino como lo proponemos, desde la felicidad. Ser santo desde divinamente y feliz humanamente.

11. METODOLOGÍA: Investigación y reflexión de orden cualitativo, que permite ver desde lo científico y lo espiritual el camino necesario y justo para sustentar y valorar el camino de la fe y la santidad.

12. CONCLUSIONES: Es posible vivir en el mundo una experiencia maravillosa de ser creado por Dios con un objetivo: ser santo, pero con un plus maravilloso, siendo feliz. Se puede cambiar nuestra experiencia de fe dormida y sin ilusiones, por una vida de esperanza y profundidad. El camino seguirá siendo en mismo: en verdad hoy, puedo ser santo y ser feliz.

Nota de aceptación:

Firma del presidente del jurado

Firma de jurado

Firma de jurado

Bogotá, D.C. Junio de 2010

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN	10
CAPÍTULO I	16
UNA APROXIMACIÓN A JOSÉ MARÍA CASTILLO	
¿Un profeta para hoy?	
1. Contexto histórico	16
2. Castillo y la teología de la liberación	24
3. Algunos aportes teológicos de Castillo	28
CAPÍTULO II	38
SOBRE LAS RELACIONES ENTRE ESPIRITUALIDAD Y SANTIDAD	
1. Introducción	38
2. La propuesta de la santidad en su concepción tradicional	39
3. Sobre la felicidad humana	45
4. ¿Cómo hemos entendido la espiritualidad?	50

5. Propuesta de José María Castillo	53
6. La espiritualidad cristiana y vida cotidiana	58
7. Ser santo ... ser feliz	60
7.1. La invitación a la santidad y las bienaventuranzas	61
7.2. Jesús confirma que sí es posible ser santo siendo feliz	63
7.3. Concepto tradicional de pecado	65
7.3.1. Pecado en el Antiguo Testamento	66
7.3.2. Pecado en el Nuevo Testamento	67
7.4. La necesidad de replantear el concepto de Pecado	68
7.5. La espiritualidad como campo que nos lleva a la santidad	70
CAPÍTULO III	73
ANOTACIONES TEOLÓGICO - PASTORALES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA ESPIRITUALIDAD DE LA FELICIDAD	
1. Introducción	73
2. Llamado de Dios a la santidad	74
2.1. Dios y el llamado a la felicidad a través de su Palabra	75
2.2. El llamado de Dios plenificado por Jesús en las bienaventuranzas	81
2.3. Jesús: la encarnación del hombre bienaventurado	85

2.4. La infelicidad: un camino a la ruptura con Dios	90
3. Hacia una construcción de una espiritualidad de la felicidad	92
4. Escenarios para construir la espiritualidad de la santidad feliz	94
a. Vida litúrgica	95
b. La formación doctrinal	97
c. acompañamiento espiritual	98
CONCLUSIONES	102
BIBLIOGRAFÍA	106

INTRODUCCIÓN

La invitación de la palabra de Dios se muestra clara y contundente: "Sed Santos como yo soy Santo." (Lv. 11, 44a). No obstante, y eso es lo que sostendremos a lo largo de nuestro texto, ha existido una mala interpretación de esa noción de santidad que ha suscitado una grave oposición entre ésta y la felicidad, provocando con ello que, en general, los cristianos asuman que ser santo implica una vida llena de renunciaciones que opacan y reducen el brillo y fuego de la felicidad.

Frente a esta percepción generalizada surge la pregunta problematizadora de este escrito ¿es posible ser santo y feliz al mismo tiempo? Nuestro objetivo es mostrar, tomando como punto de partida la teología de José María Castillo, que sí es posible ser santo y feliz al mismo tiempo en un trasfondo de espiritualidad cristiana renovada.

Para conseguir dicho objetivo hemos creado una estructura argumentativa que responde a tres momentos importantes: un primer momento de contextualización, un segundo momento de teorización y reflexión, y un tercer momento de aplicación.

Teniendo en cuenta que nuestro soporte argumentativo será la teología de José María Castillo, nuestro primer capítulo será una contextualización de la obra del autor español. Ello nos permitirá poner de primer plano algunos de sus planteamientos más relevantes inscritos en el marco de la Teología de la Liberación, y resaltar algunos de sus postulados. El hilo conductor de este primer capítulo será la necesidad de crear una conexión espiritual entre las verdades de la teología y la vida cotidiana de sus destinatarios, lo que nos llevará a preguntarnos ¿cómo buscar la santidad desde la cotidianidad?

De la misma manera, esbozaremos algunos de los aportes teológicos de José María Castillo para responder a dicha necesidad, entre los que se destacan la crítica a la resistencia de cambio por

parte de la Iglesia Católica y las prácticas de usura económica de algunos sectores de la misma.

Una vez hecha la contextualización, tanto biográfica como argumentativa, de José María Castillo, el segundo capítulo tendrá por objetivo encontrar sólidos puntos de convergencia entre la santidad y la felicidad, eliminando con ello la percepción de que estos son antagónicos. Para ello exploraremos, en primer lugar, el significado eclesial y tradicional de las nociones de santidad, entendida como la ausencia de pecado y pureza de la conducta moral, y felicidad, entendida como la búsqueda de la plenitud.

En segundo lugar, abordaremos la noción de espiritualidad de José María Castillo entendida como expresión de vida desde la fe y actitud práctica existencial en el mundo. Será esta noción, precisamente, la que pondremos como telón de fondo en la concomitancia que estableceremos entre santidad y felicidad. En tercer lugar, abordaremos las nociones de felicidad y santidad desde la teología de nuestro autor español, para evidenciar el nuevo sentido de éstas en la práctica de un cristianismo espiritual,

que se entenderá como un proyecto ético de plenitud hacia la vida que responde al llamado de Cristo para ser santos y felices. En ese sentido, indicaremos cuatro puntos de convergencia de ese proyecto que combina santidad y felicidad: la relación que existen entre la santidad y las bienaventuranzas, la posibilidad de ser santo siendo feliz, el replanteamiento del concepto de pecado (*con un aparte sucinto y lacónico sobre el concepto tradicional del pecado, visto desde la óptica bíblica*) y el camino que de la espiritualidad conduce a la santidad.

Finalmente, teniendo como presupuesto el desarrollo de nuestra tesis que afirma que se puede alcanzar concomitantemente la santidad cristiana y la felicidad humana, nuestro tercer capítulo estará dedicado a dar una serie de anotaciones teológico-pastorales dirigidas a quienes predicán el evangelio para construir la espiritualidad de la santidad y la felicidad. En ellas haremos énfasis en la necesidad de responder al llamado de Dios hacia la santidad y la plenificación de nuestra vida en la práctica de la felicidad. El objetivo fuerte de este apartado es mostrar cómo las bienaventuranzas son principios de felicidad formulados y vividos

por Cristo como la encarnación del hombre bienaventurado. Además, estableceremos unos escenarios para construir el tipo de espiritualidad que venimos esbozando a lo largo del escrito, entre ellos destacamos la vida litúrgica, la formación doctrinal y el acompañamiento espiritual.

Así pues, al final de nuestro escrito privilegiaremos la necesidad de construir una espiritualidad que parta de la experiencia individual del hombre bienaventurado y lo lleve a la experiencia real de la comunidad humana.

En ese sentido, la experiencia de la santidad no consistirá en la renuncia a la felicidad sino en la transformación de la felicidad como búsqueda de la plenitud humana y respuesta al llamado de Dios a través de su Hijo Jesucristo. El hombre feliz es aquel hombre bienaventurado que entiende su realidad social, que vive su cotidianidad pero que, al mismo tiempo, devela en cada uno de sus actos la espiritualidad cristiana que lo lleva al ejercicio práctico y existencial del proyecto que Dios tiene para nosotros: ser felices.

CAPÍTULO I

UNA APROXIMACIÓN A JOSÉ MARÍA CASTILLO

¿Un profeta para hoy?

En este primer capítulo pretendemos hacer una presentación de la biografía del autor José María Castillo, escogido como plataforma para nuestra tesis, el momento histórico de su obra y la síntesis de algunos de sus aportes teológicos y espirituales.

Así las cosas, procedemos a desarrollar el objetivo que nos hemos trazado, en el mismo orden propuesto: en primer lugar, su contexto histórico y, en segundo lugar, su proyecto teológico

1. Contexto histórico

Es imposible abordar la propuesta teológica de la felicidad en José María Castillo, sin tener en cuenta su vida, por eso, empezaremos por hacer una breve referencia biográfica.

Este teólogo español, posteriormente vinculado al pensamiento de la teología de la liberación, nació en el Pueblo de Don Fadrique (Granada – España) el 19 de agosto de 1929; realizó estudios eclesiásticos y fue ordenado como sacerdote en 1954; obtuvo su licenciatura en teología en la Facultad de Granada en 1955, de modo que su primera formación teológica fue anterior al Concilio Vaticano II. Luego de un año de párroco, en 1956, siendo sacerdote de la Compañía de Jesús, viajó a Roma donde, entre 1962 y 1964, cursó un doctorado en teología dogmática en la Universidad Gregoriana. Posteriormente, se convirtió en director espiritual en el Seminario Menor de la Diócesis de Guadix.

Fue designado profesor en la Facultad de Teología de Granada, tarea que desarrolló desde 1972 hasta 1988; también fue docente invitado de las Universidades Pontificia de Comillas de Madrid y Centroamericana “José Simeón Cañas” de San Salvador; y, cofundador de la Asociación de Teólogos Juan XXIII, de la cual es el actual Vicepresidente. En 1988, le fue retirada *le venia docendi* para dictar clases en la Facultad de Teología de Granada, en razón de sus opiniones sobre la naturaleza de la Iglesia y el misterio de la Santísima Trinidad, lo cual, constituyó para muchos la razón fundamental por la cual fue expulsado de la Facultad de Teología de Granada. Es más, la Congregación para la Doctrina de la Fe, antigua Congregación del Santo Oficio, estimó que algunas de las

tesis y posiciones de Castillo eran verdaderamente incompatibles con el Magisterio de la Iglesia¹.

En mayo de 2007, José María Castillo solicitó su retiro de la Compañía de Jesús, petición que fue resuelta en su favor. De conformidad con el Canon 691 del Código de Derecho Canónico, el retiro no es una excomunión ni una secularización, es simplemente una solicitud de indulto, para que se le libere de los votos de pobreza y obediencia, no así del celibato sacerdotal². Lo anterior, significa que nuestro autor en comentario dejó de ser Jesuita, se liberó de los votos de pobreza y obediencia, de modo

¹Entre otras posturas están "Lo concerniente con poder ordenar sacerdotes a los casados y a las mujeres, y la abolición del celibato, posturas contrarias a las declaraciones magisteriales las cuales rezan: *"declaro que la Iglesia no tiene en modo alguno la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres, y que este dictamen debe ser considerado como definitivo por todos los fieles de la Iglesia"*. Declaración "Inter insigniores" sobre la cuestión de la admisiones de las mujeres al sacerdocio ministerial. Sagrada congregación para la doctrina de la fe. L'Osservatore Romano N. 30 de enero de 1977. Carta Apostólica de Juan Pablo II "Ordinatio Sacerdotalis" Ciudad del Vaticano 22 de mayo de 1994, L'Osservatore Romano 3 de junio de 1994. además considera que se debe terminar con la ley del celibato eclesiástico visto por la doctrina de la Iglesia con un signo de santidad y seguimiento del Señor. ("el obispo o cualquier otro clérigo tenga consigo solamente o una hermana o una hija virgen consagrada a Dios; pero en modo alguno plugo (al concilio) que tengan a una extraña. Plugo prohibir totalmente a los obispos, presbíteros y diáconos y a todos los clérigos puestos en ministerio, que se abstengan de sus conyugues y no engendren hijos; y quien lo hiciere, sea apartado del honor de la clerecía") Concilio de Elvira can. 27 y 33 del celibato de los clérigos. Magisterio de la Iglesia, Herder 1963. CIC canon 277, 1 BAC, Madrid 1984. Icor 7, 32-34. "Sacerdotalis Coebatus" Encíclica de S.S. Pablo VI, Roma 24 de junio de 1967.

² A tenor de los Cánones: 691, 686, 687 y 688 del Código de Derecho Canónico, el retiro no es una excomunión ni una secularización, es simplemente una solicitud de indulto, para que se le libere de los votos de pobreza y obediencia, no así del celibato sacerdotal. Así, el teólogo se convierte jurídicamente en un cura «vago». Un sacerdote que no depende jurídicamente de ningún obispo, pero que sigue, obligado, por tanto, al celibato según el canon 277, cf. EL CELIBATO SACERDOTAL (SACERDOTALIS COELIBATUS) S.S. PABLO VI.

que se convirtió en un sacerdote que no depende jurídicamente de ningún obispo.

Según el propio José María Castillo, sus años de formación marcaron profundamente su espiritualidad, pues de allí surgió la necesidad de alimentar su vida constantemente con la oración y la convicción de que no se puede encontrar a Jesucristo si no se es honrado con las personas con quienes convive, la idea de que lo verdaderamente determinante en la vida no es triunfar sino ser una persona al menos coherente, y el principio de ser fiel a su ilusión inicial. Es más, para José María Castillo, la teología es, antes que cualquier asunto de conocimientos técnicos o de especulación abstracta, un problema de espiritualidad, si se quiere, en un sentido más estricto, depende de la vinculación del teólogo con el evangelio³.

En coherencia con lo anterior, Castillo está convencido de que la teología no puede ser una simple especulación de verdades consideradas sin relación con los destinatarios de las mismas, los seres humanos, creyentes y no creyentes. Porque en la misma esencia de la teología está el hecho de que le interese a la gente y sea entendida por ésta, para lo cual debe utilizar un lenguaje sencillo.⁴

³ Cf. Castillo, José María *"Mi itinerario teológico"*, citado por Bosch, Juan. *"Panorama de la teología española"*. Ed. Verbo Divino. Navarra. 1999. P-181 s.s.

⁴ Cf. Castillo, José María *"Espiritualidad para insatisfechos"*. Trota, Madrid, 2007. Pag.74.

De su experiencia como director espiritual afirma que, de su convivencia con los jóvenes que tenía a su cargo, aprendió fundamentalmente dos cosas: la primera, que lo más determinante para el hombre en su proceso de búsqueda de respuestas y soluciones para sus interrogantes personales no son los libros ni las grandes teorías, sino las vinculaciones profundas que un sujeto mantiene con los demás seres humanos; en otras palabras, todas las cosas frente a las cuales somos sensibles y aquellas que son verdaderamente importantes para nosotros; y la segunda, que el hombre no puede pensar con seriedad y coherencia si se queda al margen de lo que pasa en la sociedad en la que vive, dado que *"el que se bloquea en sus ideas, termina por condenarse a la esterilidad. Porque sólo se relaciona con sus propios pensamientos, no con la realidad"*⁵.

De otra parte, José María Castillo considera fundamental en su actividad teológica el hecho de pertenecer a las comunidades cristianas populares que surgieron en España a finales de la década de los sesenta, pues en ellas encontró personas con una profunda fe en Jesucristo y en su Evangelio, con un sentido comunitario muy vivo que entienden y experimentan su fe en plena conexión con lo que ocurre en la sociedad.

Así mismo, Castillo tiene la convicción de que otro aspecto importante en su tarea como teólogo es la "teología popular"⁶. Esta

⁵ Ibídem, p.184.

⁶ Ibídem, p.189

teología, en estricto sentido, debe entenderse como la “*fides quaerens intellectum*”, la fe que busca su inteligibilidad, concepto que implica que la gente pueda expresar en la Iglesia su forma de entender o de ignorar las verdades de la fe.

No podemos dejar de hacer referencia a otro asunto que cambió radicalmente la forma de pensar de José María Castillo: su permanencia en algunos países de América latina, en el llamado tercer mundo. En este encuentro cultural, surgieron fundamentalmente tres preguntas: ¿Qué es conocer a Dios y cómo es posible hacerlo?; ¿Qué le ha pasado y le sigue pasando a la teología?; y, ¿Dónde está el centro de la revelación cristiana?, de frente a los reales problemas del hombre latinoamericano.

En relación con el primer cuestionamiento, el autor considera que conocer a Dios no puede ser un problema de teoría, pues sólo es posible conocerlo a través de la sintonía, de la vinculación real con lo débil de este mundo, dado que lo que Jesús enseñó “*se oculta a los sabios y entendidos, Mt 11, 25*” y se revela a “*los que no hablan, 1 Cor. 1, 18-31*”.

Ahora bien, Castillo se plantea el segundo interrogante; por qué mientras lo más débil ha sido parte de las inquietudes y el objeto de la Iglesia, no se han generado conflictos, pero cuando dichas preocupaciones se han convertido en el sujeto del pensamiento teológico y de la toma de decisiones en la Iglesia, sí han surgido inconvenientes. De lo expuesto se desprenden otros

análisis: la teología se hace más desde el poder que desde el Evangelio y, más concretamente, la teología necesita una renovación de fondo, más en su método que en sus propios contenidos.

Frente a la tercera cuestión, José María Castillo piensa que lo que el Nuevo Testamento ha querido transmitirnos fundamentalmente, no es ni a Dios ni a Jesucristo ni a la propia salvación sino más bien dónde y cómo el hombre puede encontrar a Dios, a Jesucristo y alcanzar su salvación. En otras palabras, lo más importante no son los términos, sino las mediaciones a través de las cuales se realiza el fin. El medio por excelencia que tiene el cristiano para encontrar "*lo definitivo*" es defender, potenciar y dignificar la vida, hasta lograr el gozo y el disfrute que haga felices a todos⁷.

Según lo dicho, José María Castillo llega a la convicción de que la teología de la liberación ha sido la corriente teológica más importante que surgió durante el siglo XX, porque es la reflexión cristiana que se impuso no sólo en las naciones del tercer mundo, sino antes que en cualquier otro lugar, en los países industrializados, quienes son los verdaderos responsables de la exclusión (política, espiritual y social) de grandes sectores de la humanidad.⁸

⁷ *Ibidem*, p.192 y s.s.

⁸ Castillo, José María "teología para comunidades". San Pablo, Sevilla, 1990. Pag 144

Castillo no desconoce que millones de fieles se han alejado de la Iglesia y que muchos otros son católicos practicantes que viven su experiencia de fe al margen de la misma institución. A esto se agrega que muchas personas del mismo clero o de distintas órdenes y congregaciones religiosas, en los últimos años han dejado de lado muchos hábitos cristianos.

Es más, dice José María Castillo: los mismos obispos han creado división cuando se han dedicado exclusivamente a un sector de la Iglesia y han dejado de lado otros cristianos tal vez más necesitados. En este sentido, considera que los obispos ya no son reconocidos como los guías y maestros de tantas personas que buscan de corazón a la persona de Jesús.⁹

Ahora bien, es oportuno resaltar que la producción teológica de José María Castillo está centrada fundamentalmente, en cuatro áreas: la espiritualidad, la sacramentalidad, la eclesiología y la teología de la liberación. Dichas áreas las ha abordado con rigor, a pesar de las limitaciones que surgieron del hecho de su apartamiento de las clases de teología en la Facultad de Granada y de la publicación del documento de la Secretaría de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la fe, en el cual se le acusa de hacer uso de un método teológico deficiente y de prescindir de las necesarias referencias al Magisterio y Tradición de la Iglesia.

⁹ Cf. Castillo, José María "Dios y nuestra felicidad". Desclée De Brouwer. Bilbao. 2003. Pág. 177-223

2. Castillo y la teología de la liberación

Ahora nos ocupamos de estudiar brevemente el marco teórico en el que fueron escritas las obras "*Dios y nuestra felicidad*" y "*Espiritualidad para insatisfechos*", fuentes principales de esta investigación.

Como lo mencionamos en líneas anteriores, José María Castillo es uno de los teólogos inscritos dentro de la teología de la liberación¹⁰. Por esta razón y en procura de una mayor comprensión y un mejor desarrollo de los fines propuestos, haremos una pequeña referencia a las principales directrices y fundamentos de esta corriente teológica.

La teología de la liberación surgió de análisis que se hizo de la realidad de los países latinoamericanos, entre los años 1960-80 (conferencias episcopales latinoamericanas de medellin-1968 y puebla-1979), pues fue la respuesta que trató de darse a la circunstancia de injusticia social e iniquidad en la distribución de los recursos. Por lo mismo, llegaban al despilfarro y a mantener potencias económicas que se aprovechan de los más débiles¹¹. En

¹⁰ Dentro de esta corriente se encuentran los teólogos latinoamericanos: Gustavo Gutiérrez, Rubén A. Alves, Leonardo Boff, Enrique Dussel, Ignacio Ellacuría, Segundo Galilea, Jon Sobrino, entre otros, casi todos hoy fuera de la Iglesia católica. J.J Tamayo, Para comprender la teología de la Liberación, verbo Divino, 1989.

¹¹ "Para los teólogos de la liberación, la teología es acto segundo, y ello en un doble sentido: en primer lugar, el discurso teológico viene después de la experiencia vivida de la fe como praxis en el interior de los procesos históricos de liberación y como contemplación; en segundo lugar, la teología no resulta lo más

palabras de los obispos latinoamericanos que se reunieron en la Conferencia Episcopal celebrada en Medellín, en 1968, "*pocos tienen mucho mientras muchos tienen poco*".¹²

En ese momento de la historia se pensó que la solución no estaba en conceder a las naciones más subdesarrolladas medidas económicas engorrosas y alienantes. Se consideró que la falta de desarrollo de algunos pueblos no era una casualidad, sino, simplemente, la condición necesaria para el desarrollo económico de los países más poderosos. Esa dependencia impidió a las naciones latinoamericanas surgir y ser los protagonistas de su propia historia, se tradujo en un hecho real y cruel de subdesarrollo en todos los niveles.

En materia económica la expansión y control de las grandes potencias no permitía el desarrollo autónomo de los países más pobres. A nivel cultural, permanentemente se atacó la identidad cultural de los pueblos, lo que conllevó al mimetismo de las sociedades dominantes. Desde una óptica antropológica, se creó en el hombre el anhelo constante de conseguir la libertad, en esa búsqueda hubo manifestaciones de racionalismo, existencialismo, personalismo, marxismo y psicoanálisis. En el campo de sensibilidad

importante, es algo instrumental, pues está al servicio de la evangelización de los pobres y de la liberación de los oprimidos". JJ, Tamayo. Para comprender la teología de la liberación, verbo Divino, 1989, pág. 179 ss.

¹² La conferencia tuvo la apertura del Papa Pablo VI en Medellín, el 26 de agosto de 1968 y culminó el 7 de septiembre del mismo año. En ella se dejaron unos compromisos, que parecían revolucionarios: buscar un nuevo orden social, renovar la iglesia y su compromiso social...Celam. Medellín conclusiones, Celam, Bogotá, 2001

estudiantil y de la práctica del mundo laboral, se dio una constante lucha de los obreros por conseguir los derechos que consideraban justos. En suma, en la palabra libertad estaban comprendidos todos los deseos de progreso y el fin de tanta esclavitud y dependencia económica, social y cultural¹³.

El movimiento de la liberación antes de ser una corriente netamente cristiana es una reacción normal de los pueblos contra la injusticia que desde hace mucho tiempo afecta la realidad latinoamericana, es un proceso irreversible independiente de que la Iglesia latinoamericana y los teólogos se hicieran cargo de su existencia o se detuvieran en estudiar y analizar las causas generadoras de dicho estado o las posibles soluciones y salidas a la crisis¹⁴.

En este contexto, la teología de la liberación surgió como una reflexión sobre la práctica liberadora que emprendieron las naciones y en la cual también participaron activamente los cristianos, para quienes era una exigencia normal, pues era su obligación comprometerse en ese urgente proceso de restauración social. Al interior de las diferentes comunidades cristianas, había teólogos que asumieron experiencias sociales y las estudiaron a la luz de la palabra de Dios¹⁵.

¹³ Celam. Puebla, conclusiones, Bogotá, 1990

¹⁴ Cf. Espeja, Jesús. "Qué es eso de... la teología de la liberación". Editorial el Búho. Bogotá, 1986. P.13.

¹⁵ Cf. Gustavo Gutiérrez. Teología de la liberación. Verdad e imagen. Salamanca, 1999.

El nombrado movimiento eclesial fue acogido por la Segunda Conferencia Episcopal, celebrada en nuestro país, en 1968, en donde los obispos fueron conscientes, en términos del Documento de Medellín, *"de la miseria que margina a grandes grupos humanos"* y denunciaron lo intolerable, es decir, *"esa miseria como hecho colectivo es una injusticia que clama al cielo [...] un sordo clamor brota de millones de hombres pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte"*.¹⁶

No podemos dejar de mencionar que la reacción (ver, juzgar, actuar) de la Iglesia latinoamericana no respondió únicamente frente a la realidad social y cultural de los pueblos de América latina, pues también pretendía dar solución a la preocupación pastoral planteada por el Concilio Vaticano II, pues de allí había surgido la obligación de hacer de la Iglesia fermento y alma del entorno. Para este fin debe adoptar el hábito de escuchar a la sociedad humana, así, al ser consciente de que tiene que vivir en función del reino de Dios, se reconcilia con la historia y por lo mismo con la nueva humanidad.

En ese proceso de acercamiento y escucha de los signos de los tiempos, la Iglesia se percató de que debía ofrecer una experiencia cristiana a todos los habitantes del continente, especialmente para todos los que tenían hambre y sed de justicia.

¹⁶ Celam. Medellín conclusiones, Celam, Bogotá, 2001

La propuesta de la teología de la liberación toma un rumbo diferente, frente a la teología tradicional (fundamental, sistemática y espiritual), pues su método (existencial) encuentra su fundamento en una nueva forma de interpretación, un modo de actuar (incursión con la realidad presente) y una estructura que supone novedad (dar respuestas desde el aquí y el ahora). El punto de partida son los pobres y desvalidos, considerados como un lugar teológico, social, económico y cultural determinado. Dicha realidad es cambiante, por lo cual la fe también requiere de ciertas concreciones históricas.

3. Algunos aportes teológicos de Castillo

En este apartado presentamos, de forma sintética, los aspectos que, en nuestra lectura, constituyen algunos aportes teológicos básicos de los escritos y obras de José María Castillo.

a. En primer lugar, considera que la Iglesia debería dedicarse a solucionar la problemática de justicia social en lugar de especular y atesorar bienes que, en términos generales, molesta a muchas personas y genera desconfianza entre la gente, pues ésta no puede determinar el destino de sus aportes u ofrendas; en razón de lo anterior, prefiere evitar la entrega de dinero a las instituciones eclesiásticas.¹⁷

¹⁷ Castillo, José María "Teología para comunidades". San Pablo. Sevilla 1990. Pág. 388-400

En relación con este aspecto, es preciso señalar que la usura está íntimamente relacionada con la simonía¹⁸, esto es, el intercambio ilícito de cargas eclesiásticas, sacramentos, reliquias, promesas de oración, gracias, jurisdicción eclesiástica y excomunión, entre otros, bienes materiales. La simonía fue un hecho deshonroso contrario al testimonio de Cristo, actitud que fue condenado con fundamento en la propia Palabra "*Vosotros habéis recibido gratuitamente, dar también gratuitamente*" (Mt 10,8).

b. De otra parte, señala la doble moral que existe en el seno de la propia Iglesia, pues se da un trato muy riguroso y exigente en relación con el sexto mandamiento, esto es, con la prohibición de incurrir en adulterio y, por el contrario, un tratamiento demasiado tolerante frente a todos los aspectos relacionados con el manejo del dinero.

c. Desde otra perspectiva, cree que los diversos convenios y acuerdos internacionales que han sido suscritos por España y la Santa Sede, conocidos como concordatos, son contrarios a la Constitución Española, porque establecen unos privilegios a favor de la Iglesia, por ejemplo, nombrar a los miembros de la Institución

¹⁸ . La palabra simonía deriva de un personaje de los Hechos de los Apóstoles llamado Simón el Mago, quién quiso comprarle al apóstol Simón Pedro su poder para hacer milagros y conferir, como ellos, el poder del Espíritu Santo (Hch 8,9-24). La simonía fue, realmente, un hecho deshonroso, contrario a la palabra de Jesucristo según el Evangelio de Mateo: "*Vosotros habéis recibido gratuitamente, dar también gratuitamente*" (Mt, 10.8). Ahora bien, también es preciso señalar la diferencia que existe entre simonía y estipendio, pues, se reitera, la primera hace referencia a la compraventa de aspectos espirituales, y el segundo es toda ofrenda humilde, necesaria para el sustento del clero y de la misma Iglesia (aclaración de los autores)

como profesores y retirarlos cuando éstos quieran pues en todo caso, el Estado asume el pago de sus salarios.

d. Otra de sus consideraciones es que los hechos religiosos tienen bases suficientes para determinar la formación histórica y cultural de los sujetos. No obstante, no se ha comprendido que es muy diferente adoctrinar y proyectar contenidos morales de una determinada confesión religiosa, lo que en otras palabras es definido como catequesis, la cual debe ser costeadada por cada religión. Considera que la Iglesia no se siente en la capacidad de enseñar su doctrina y de asumir la tarea de catequizar, razón por la cual se empeña en que el Estado se encargue de dicha misión a través de su enseñanza en los colegios sin importar su naturaleza confesional.

e. Asimismo, José María Castillo en sus escritos expresa que la Iglesia está en la obligación de reevaluar el criterio según el cual no se admiten realidades laicas y democráticas junto a la existencia de un pluralismo que acoge a personas de diferentes credos y culturas, como ocurre en algunas sociedades avanzadas.

f. Coherentemente, en procura de la apertura de la Iglesia, defiende la tesis según la cual podrían ordenarse personas casadas y mujeres, como ya existía en la antigüedad de la vida cristiana. Cree que debe darse término a la ley del celibato eclesiástico; y, que es menester una mayor participación de los creyentes en el gobierno de la Institución.

g. Es preciso señalar que Castillo también sentó su posición en relación con la situación de la Iglesia en España. En efecto, después de un juicioso estudio y análisis determinó que si bien es cierto que la Institución en su país natal tiene mucho poder, también es verdad que el mismo es muy débil, en razón de que no está en la capacidad de autofinanciarse pues cada año recibe auxilios estatales.

h. En esa línea de pensamiento dice que como la Iglesia no puede convencer a la gente de comportarse según los criterios morales que considera necesarios, se empeña en que el Estado obligue a los ciudadanos, a través de leyes y sanciones, a mantener un modelo de familia heterosexual y a propender por la protección y garantía de la vida.

i. Agrega además que la Iglesia Católica tiene posiciones "integristas" o de "inadaptación" las cuales, en el fondo, son producto del profundo miedo que tiene de abrirse al mundo, a la secularización y a la sensualidad de las costumbres¹⁹. Dicho de otra manera, la Institución persiste en su resistencia al cambio. Dice que entre los aspectos que la Iglesia debiera tener en cuenta, resalta la necesidad de interactuar, de establecer un diálogo permanente con otras religiones, en torno a temas como la forma de entender lo divino, trascendente o sobrenatural, en la vida diaria.

¹⁹ Cf. Castillo, José María *"Mi itinerario teológico"*, citado por Bosch, Juan. *"Panorama de la teología española"*. Ed. Verbo Divino. Navarra. 1999. P-183 y s.s.

j. Desde su óptica como teólogo cree que el crucifijo, como signo de los que creemos en Cristo, se desnaturalizó y perdió su significado original, desde el mismo momento en que, según cuenta la historia, Constantino, a comienzos del siglo IV d. de C., vio en el cielo una cruz y oyó una voz que decía "*con este signo vencerás*"²⁰. Para Castillo, desde ese instante la cruz dejó de ser lo que fue para Jesús, esto es, un signo de fracaso y muerte, para convertirse en un símbolo de poder y dominación.

k. Otro de los asuntos objeto de consideración de José María Castillo, fundamental para el desarrollo de los fines propuestos en este trabajo, es la respuesta a la pregunta por la relación existente entre la fe y nuestra felicidad. Para resolver el cuestionamiento comienza por establecer la necesidad y urgencia de encontrar solución al mismo, dada la tendencia que existe en muchas personas de relacionar la fe con el sufrimiento, con la prohibición de cosas que le gustan al hombre y con algunas obligaciones que le desagradan.

En relación con este particular, Castillo desarrolló un estudio con el objeto de determinar cuál es el Dios en el que cree un cristiano, análisis del cual concluyó que "*el Dios en el que creemos los cristianos es el Dios que efectivamente, se funde y se confunde con lo humano. No sólo con el hombre histórico que fue Jesús de Nazaret, sino con todo ser humano*".²¹

²⁰ Cf. Ludwig, Hertling. Historia de la Iglesia, Herder, Barcelona, pág. 91 ss.

²¹ José María Castillo, El Dios y nuestra felicidad. D.B, Bilbao, 2001, pág. 28

Considera Castillo que el sendero para encontrar a Dios es el de la humanización, razón por la cual es necesario dejar de lado la propensión a la deshumanización del individuo. Solo cuando se haya superado esta falencia se puede llegar a concluir qué es lo que Dios quiere, lo cual no es nada diferente a lo que el hombre verdaderamente anhela y desea: la felicidad.²²

I. En coherencia con lo anterior, Castillo se formula otra pregunta: ¿qué está pasando con la Iglesia y su quehacer en el mundo actual?, interrogante que trató de resolver en una charla que presentó el 28 de mayo de 2001, en el Centro Cultural de la Diputación de Málaga. En dicha oportunidad, consideró que el Concilio Vaticano II sigue siendo fuente recurrente de documentos eclesiásticos, libros de teología, charlas, conferencias y homilías pero que, sin embargo, eso no significa que el Concilio opere en el interior de la Iglesia como debería hacerlo. De hecho, dado que la Institución, sustancialmente sigue siendo exactamente igual a como era antes de 1972, pues la mayoría de las cosas el texto del Concilio es desconocido, incomprendido y, para muchos, ya hace parte del recuerdo.

En efecto, el Concilio Vaticano II fue una verdadera explosión de entusiasmo, libertad, esperanza e ilusiones que se tornó inoperante. Para Castillo, una de las causas de la ineficacia del mencionado documento y que atenta contra cualquier intento de renovación eclesial, es el hecho de que el Concilio modificó aspectos

²² Ibim. Pág. 41-77

determinantes de la teología de la Iglesia, pero no cambió su organización eclesial y la forma de ejercer el poder en su interior.²³

Su inquietud permanente por establecer las razones por las cuales el Concilio Vaticano II "nació muerto"; lo llevó a determinar como problema fundamental de la Iglesia de hoy, el hecho de que se le presente como antitestimonio de Jesucristo, en cabeza de quienes la gobiernan y dirigen. Los principales actos constitutivos de antitestimonio y descrédito del mensaje de Jesucristo, según José María Castillo, son, los silencios, legitimaciones y colaboraciones que el Papa hace, como Jefe de Estado, ante seres políticos que han agredido y, en la actualidad, atentan contra la vida de muchos seres humanos.

m. En su sentir, el problema radica, de una parte, en la forma como los que han sido designados como dirigentes de la Institución han ejercido el poder, pues éste es propio del mensaje de Jesús no de ninguna autoridad, en particular; y, de otra, en el sometimiento con el que muchos creyentes aceptan ese poder de manera libre y voluntaria, en una actitud casi incuestionable, es más, los individuos se consideran mejores o peores personas en cuanto acepten, sigan y endiosen personas que encarnan autoridades eclesiales.

²³ El concilio Vaticano II fue iniciado, por iniciativa de Juan XXIII, el 11 de octubre y duró hasta el 8 de diciembre de 1962, promulgó 4 constituciones, 9 decretos y 3 declaraciones. Vaticano II, B.a.c, Madrid, 1968.

Es más, Castillo llega a considerar que la Iglesia, tal como está organizada, es uno de los impedimentos que las personas, sobre todo los jóvenes, encuentran cuando emprenden la tarea de buscar el sentido último de su vida que, al fin y al cabo, es el Dios de la vida.

Para argumentar su posición considera que si bien es cierto que la razón de ser y justificación del papado en la Iglesia es mantener la unidad de fe y la comunión de las múltiples comunidades de creyentes dispersas por el mundo, también es verdad que dicha unidad no se puede mantener a través de la imposición de normas que establecen una relación súbdito – soberano, pues con este método lo único que se logra es mantener un alto nivel de sometimiento e incluso una uniformidad de comportamientos, mas no una verdadera comunión de vida.²⁴

Así las cosas, se desprende, sin duda alguna, que la unión de los cristianos es una virtud que no tiene su origen en fuentes jurídicas, sino en los acontecimientos de la vida diaria, en experiencias de carácter estrictamente personal y trascendente. Además, si en algo es claro el Evangelio, es en que Jesús se dedicó a amar y a anunciar su mensaje salvador con su propia vida, en medida alguna se valió de la promulgación de leyes para la instauración y propagación del reinado de Dios.

²⁴ Castillo, José María "Dios y nuestra felicidad". Desclée De Brouwer. Bilbao. 2003. Pág. 175-222

Y, agrega José María Castillo, es curioso ver cómo en los últimos tiempos, la figura del Papa ha alcanzado un alto nivel de popularidad. Es más, el control que ejerce sobre la Iglesia ha sido el más fuerte de toda la historia²⁵, con el cual se ha obtenido un buen grado de uniformidad en los cristianos. Sin embargo, la fe recibe más cuestionamientos que en cualquier otra época, la Iglesia, cada día, pierde más credibilidad, el pensamiento teológico es más marginal en la cultura dominante, la unión de los cristianos no aparece ni por asomo, la crisis en el interior de la Iglesia se agudiza, cada vez hay menos vocaciones religiosas y sacerdotales, aumenta la deserción de los católicos y la impopularidad de la Institución entre los jóvenes.

Si el fundamento de la Iglesia es el principio de igualdad de todos los cristianos, la organización eclesial resulta anacrónica, más aún, cuando el artículo 1 de la Constitución de 22 de febrero de 2000, del Estado del Vaticano, establece que el Romano Pontífice es el supremo gobernante y que en él residen los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. La considera antievangélica porque Jesús siempre rehusó el poder, huyó de él, es más en ningún momento le asoció la salvación, pues ésta sólo procede del amor, la misericordia y el perdón. Agrega que nadie, según el Evangelio, tiene la facultad de hablar en nombre de Dios y mucho menos de imponer sanciones en su nombre.

²⁵ Vale la pena recordar la fuerza del papado desde el vaticano I. Concilio celebrado en 1870, convocado por Pio IX. En la sesión 4 (18 de julio de 1870), se proclamo la constitución de ecclesia Christi, en donde se definió el primado del romano pontífice, sus derechos y su inefabilidad. Germán, Jiménez. Historia de los concilios ecuménicos. Paulinas, Madrid, 1960.

n. Castillo enumera algunas consecuencias que se derivan de las deficiencias de la organización de la Iglesia, entre las que resalta la marginación de los derechos del pueblo de Dios, la anulación de los derechos humanos en la Institución, de modo que sólo puede hacer parte de la misma quien sea sumiso y demuestre su disponibilidad para serlo, se actúa por miedo, se desvirtúa el mensaje evangélico y se promueve la deserción de la institución.

p. Finalmente, este teólogo enumera algunas ideas que considera podrían ser una posible solución al estado actual de cosas: establecer políticas a través de las cuales el clero no acapare ni monopolice el poder de pensar, de decidir y de decir; no puede haber jerarquías, no puede concebirse una Iglesia en la que haya unos por encima de otros; y, debe extinguirse la obligación de obediencia a un ser humano que debe ser aceptado como voz de Dios, pues eso atenta contra la libertad de los hijos de Dios y responsabilidad inherentes al hombre.

Hasta aquí se han esbozado las ideas generales del pensamiento de Castillo, pero ahora nos adentramos en su obra, su aporte espiritual y teológico desde su polémico libro "espiritualidad para insatisfechos", que a la postre nos dará las ideas para el acercamiento que queremos hacer entre felicidad y santidad.

CAPÍTULO II

SOBRE LAS RELACIONES ENTRE ESPIRITUALIDAD Y SANTIDAD

*"Porque yo soy Yahvé, vuestro Dios;
Santificaos y sed santos, pues yo soy santo" (Lv.11, 44a).*

1. Introducción

En este capítulo presentaremos las razones por las cuales hemos escogido a José María Castillo, como autor base para nuestro trabajo de teología espiritual: *hacia una espiritualidad de la felicidad*. Abordaremos lo concerniente al tema propuesto, desde el análisis de las obras del autor "Espiritualidad para insatisfechos" y "Dios y nuestra felicidad", sin olvidar "teología para comunidades" un texto que nos ha dado luces grades sobre el autor y nuestro tema. Veremos su contenido y aportes, no sin antes adentraremos en el tema de la santidad como propuesta divina explicitada en la Sagrada Escritura, recogida y explicada por el magisterio eclesial y la teología católica. Posteriormente, buscaremos entender la

felicidad humana, sin olvidar la espiritualidad, como trasfondo de la santidad y de nuestra tesis.

De esta forma queremos llegar a la propuesta que se puede alcanzar concomitantemente la santidad cristiana y la felicidad humana, para concluir que en verdad es posible ser santo siendo feliz.

2. La propuesta de la santidad en su concepción tradicional

Comenzamos este apartado resaltando que de manera tradicional se ha dicho que el término hebreo *kadosch* – santo– significaba estar dedicado al servicio de Dios y separado de lo secular y profano. De allí, se clasificó la santidad en objetiva o subjetiva, la primera consiste en la posesión de la gracia divina y la práctica de la virtud; y la segunda es la consagración exclusiva de los hombres a Dios, como sacerdotes o religiosos.

La noción que la Sagrada Escritura propone de santidad es muy rica, dado que no se queda en establecer la negación de lo profano sino que parte de la revelación de Dios mismo, fuente de toda santidad, la cual es transmitida a los hombres por la acción del Espíritu Santo. De manera que a los hombres se les exige la ruptura con el pecado y con las costumbres paganas, en razón de que deben obrar de acuerdo con la santidad que viene de Dios y no según la prudencia carnal (2Cor. 1,12; 1Cor. 6,9; Ef.4, 30; 5,1; Tít.

3, 4-7; Rm. 6,19). Lo anterior, constituye toda la base de la tradición ascética cristiana, que no se fundamenta en el ideal de una ley exterior, sino en el hecho de que el cristiano, alcanzado por Cristo, debe participar de sus sufrimientos y de su muerte para lograr la resurrección²⁶.

Para el Concilio Vaticano II, la santidad se manifiesta en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles y se expresa de múltiples formas, en quienes, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propia vida y practican los consejos del Evangelio²⁷.

Y, agrega el Concilio, Jesús es el Maestro y modelo de toda perfección, pues Él predicó la santidad de la vida, de la que fue iniciador y consumidor "*sed, pues vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*" (Mt 5, 48). Los seguidores de Cristo, llamados no por sus obras sino producto de la gracia divina, justificada en Jesús, han sido hechos sacramentos de fe, verdaderos hijos de Dios, partícipes de la naturaleza divina, por lo mismo, santos, por la acción del bautismo. Coherentemente, quienes han participado de la gracia necesitan de la ayuda de Dios para conservar y perfeccionar en su vida la santificación que recibieron. Esa es la invitación de Pablo, para quien el hombre *debe vivir como conviene a los santos* (Ef. 5,3), esto es, *revestido de misericordia, benignidad, humildad, modestia y paciencia* (Col.

²⁶ Léon-Dufour Xavier. *Vocabulario de Teología Bíblica*. Editorial Herder. Barcelona. P.837.

²⁷ Cf. Constitución *L. G*, n. 39.

3,12); y, *producir los frutos del Espíritu para la santificación* (Rm. 6, 22 y Gal 5, 22)²⁸.

De lo anotado se desprende que todos los fieles, cualquiera que sea su estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad –santidad-, lo cual suscita un nivel de vida más humano²⁹.

Así, y de conformidad con el Catecismo de la Iglesia Católica, todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, están llamados a la plenitud de la vida cristiana, esto es, a la santidad³⁰. Y el progreso espiritual del hombre tiende a una unión más íntima con Cristo –mística-, lo cual se logra a través de los sacramentos³¹. El camino a la perfección, a la vivencia de las bienaventuranzas, pasa por la cruz, de manera que no hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (2 Tim 4)³². La gracia santificante es un don gratuito que Dios hace a nuestra alma, infundida por la acción del Espíritu Santo, para curarla del pecado y santificarla³³. Dicha gracia nos hace agradables a Dios, a través de los carismas o dones especiales del Espíritu³⁴.

²⁸ Cf. *Ibíd*em n.40 y 41 y F. Holböck – Th. Sartory. *El Misterio de la Iglesia. Fundamentos para una Eclesiología*. Tomo I. Editorial Herder. Barcelona, 1966. P. 221.

²⁹ Constitución *L. G*, n.40 y 41.

³⁰ Cf. CIC n. 2013.

³¹ Cf. CIC n. 2014.

³² Cf. CIC n. 2015.

³³ Cf. CIC n. 2023.

³⁴ Cf. CIC n. 2024.

De igual forma, presentamos algunas nociones de santidad cristiana, formuladas por algunos teólogos. Desde la teología espiritual, concretamente con Saturnino Gamarra, la santidad es el vocablo que frecuentemente se utiliza para designar el ideal del cristiano. No obstante, el término se aplica a realidades muy distintas, pues se afirma que "*Dios es santo*" (Sal 98,3; Lv. 11,44; 19,2; 20,26; 21,8; Is. 40,25); que el Padre es llamado santo por Cristo (Jn. 17,11); que Cristo es anunciado santo (Lc. 1, 35) y es llamado el "*santo de Dios*" (Lc. 4, 34); que al Espíritu se le llama santo (Lc. 3, 22; 10,21); que el nuevo pueblo es santo (1Pe. 2,9); que las comunidades son santas (Rm. 1,7; 15,25); y, que el que "*está en Cristo*" está santificado y llamado a la santificación (1 Cor. 1,30; 6,11; 1Tes.4,3; 5,23).

La santidad en Dios, en lugar de entenderse como separación o lejanía de lo profano, incluye todo lo que posee en cuanto riqueza y vida, poder y bondad, de manera que la palabra santo es sinónima de Dios. También se habla de la santidad ontológica fundamental, propia de los miembros del pueblo de Dios, la cual se traduce en la presencia activa de Dios, quien confiere su perfección, es decir, lo que posee en cuanto riqueza, vida, poder y bondad. Es la santidad de la que participa la Iglesia y, por lo mismo, las comunidades y miembros que la conforman; dicha santidad o perfeccionamiento no se identifica con la pureza legal o con la simple ausencia de falta moral, pues, sólo nos es transmitida en Cristo, quien constituye el centro de la nueva santidad.

Por último, hace alusión a la santidad teológica–moral, la cual es participada del Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, de modo que al ser vida, es dinámica y, por lo mismo, tiende a la perfección en todas las personas y a todos los niveles; ésta supone la constante cooperación del hombre, en términos de la Palabra de Dios, "*el santo santifíquese más*" (Ap. 22,11).

En síntesis, para Saturnino Gamarra, la santidad es la participación de la condición de Dios al cristiano que tiene un carácter religioso dado que se refiere a la relación entre Dios y el hombre y tiene un sólido sustento bíblico, como lo advertimos³⁵.

Desde la teología dogmática, la santidad es también entendida como bondad de Dios, es la ausencia de pecado, que implica una pureza de la conducta moral, lo cual encuentra fundamento en la conformidad de la voluntad con la norma moral. Dios es la santidad por esencia, dado que su voluntad se identifica con la preceptiva moral, de manera que la pureza de Dios no es simplemente la carencia real de pecado sino también la imposibilidad intrínseca de pecar³⁶.

Además, la santidad en el hombre significa su vinculación con Dios, la cual se traduce en la completa negación del pecado y en la

³⁵ Cf. Gamarra Saturnino. *Teología Espiritual*. Biblioteca de Autores Cristianos. Segunda Edición. Madrid 2004. P. 193 y 194.

³⁶ Cf. Ludwig Ott, *Manual de Teología Dogmática*. Editorial Herder. Barcelona, 1986. P. 75 y 76.

unión sobrenatural con Dios por medio de la gracia y la caridad³⁷. Es más, la misma teología considera que la existencia del purgatorio se prueba especulativamente por la santidad, ésta exige que sólo las almas completamente purificadas entren al cielo, la justicia reclama que se paguen las penas aún pendientes y prohíbe que las almas unidas en caridad con Dios sean arrojadas al infierno³⁸.

No cabe duda de que la santidad es el fundamento de la indestructibilidad de la Iglesia y de la fiabilidad de sus signos y testimonios. Además, ésta es santa, dado que participa de la santidad de Dios, está unida a Cristo y ha recibido el don del Espíritu Santo; por eso, no puede sostenerse simplemente que santidad y pecado están yuxtapuestos o que definan por igual la Iglesia, pues el segundo es una contradicción de lo que es la Iglesia, mientras que la santidad es la verdadera revelación de su ser³⁹.

La doctrina teológica tradicional define la santidad como una realidad compleja que atañe al misterio de Dios, pero también al culto y a la moral, de manera que engloba las nociones de puro y de sagrado, es más, las desborda. La santidad parece reservada a Dios, inaccesible, pero, no obstante, se atribuye a las criaturas. A lo anterior se agrega la idea de separación de lo profano. Lo santo es

³⁷ *Ibíd*em p.459.

³⁸ *Ibíd*em p.709.

³⁹ Cf. Schneider Theodor y otros. *Manual de Teología Dogmática*. Editorial Herder. Barcelona, 1996. P. 740.

intocable y para acercarse es necesario reunir unas condiciones de pureza ritual, se genera un sentimiento de sobrecogimiento y de fascinación que hacen que el hombre adquiera un estado de pequeñez ante las manifestaciones de lo "luminoso"⁴⁰.

En suma, de acuerdo con la Sagrada Escritura, el Magisterio de la Iglesia y la teología, la santidad es el llamado a la plenitud de la vida cristiana, la cual sólo puede obtenerse a partir de un proceso espiritual en el que el hombre experimente una unión íntima con Cristo, lo cual se logra a través de la práctica de los sacramentos. Y, ese camino a la perfección parte de la realidad humana, de la vivencia de las bienaventuranzas y, necesariamente, debe atravesar el sendero de la cruz, de manera que no puede haber santidad si no hay renuncia a todas las cosas que constituyen pecado.

3. Sobre la felicidad humana

Es preciso señalar que de conformidad con el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, "la felicidad es un estado de ánimo que se complace en la posesión de un bien, en la satisfacción de los deseos"⁴¹.

⁴⁰ Cf. Léon-Dufour Xavier. *Vocabulario de Teología Bíblica*. Editorial Herder. Barcelona. 1978. P.833.

⁴¹ Cf. Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, Vigésimo segunda edición. España. 2001.

Para Aristóteles, la felicidad, es un don supremo del hombre, es aquello "que acompaña a la realización del fin propio de cada ser vivo". La felicidad llega al hombre cuando éste realiza la actividad que le es propia y cuando la realiza de un modo perfecto. Anota igualmente el filósofo que la felicidad le es propia al alma, y debe ser colocada entre las cosas por sí misma deseables y no por causa de otra cosa, por ello no necesita de nada sino que se basta a sí misma. Aunque corresponde al alma la felicidad no excluye que se busque en cantidad moderada y virtuosa en bienes externos y afectos humanos, no sin olvidar que la felicidad es un fin.

Esto nos hace comprender que la felicidad es un bien que se debe buscar y alcanzar para la realización del hombre, y aunque no se busque exclusivamente en los bienes externos, es una inquietud apremiante del ser humano que se empieza a vislumbrar en el cotidiano vivir, y que todo aquello por bueno que parezca, si no pone al hombre de frente a esa felicidad, lo está alejando del objetivo propio y de fin de la existencia.⁴²

Para algunos psicólogos la felicidad está asociada al éxito, placer, la salud, bienestar económico, y esta depende de la autoimagen, es ella quien se hace o se ve feliz.

Un camino fundamental en el camino de la felicidad desde esta ciencia, es la conciencia como cumplidora de tres principales funciones: saberse, valorarse y evaluarse, y desde allí lograr

⁴² Aristóteles. Ética Nicomequea. Gredos, Madrid, 1985. Libro X

felicidad o desdicha. Por la conciencia el hombre sabe quién es, goza o sufre. La conciencia positiva hace feliz de ser, lo afirma, pero la conciencia negativa no hace feliz de ser y niega las posibilidades y capacidades.

Si afirmamos que la felicidad es un sentimiento y éste lo definimos como reacción o respuesta interna, espontánea y típica del individuo a una situación dada, podríamos también decir que la felicidad es una experiencia puramente subjetiva y motivada.

Otro camino de la felicidad es el auto amor, visto como una condición de la felicidad (hacia uno mismo), de toda generosidad (hacia los demás) y de todo servicio verdadero (hacia el mundo).

El secreto de una vida sana, eficiente y feliz, es que el hombre descubra y viva, contra su hábitos emocionales negativos, que puede y debe convertirse en amigo de sí mismo. Un hombre feliz: a. valora lo que es, b. se adhiere a sí mismo emocionalmente y se identifica, c. es lo que es y decide serlo así.⁴³

Otra panorámica la puede dar la Sagrada Escritura, según la cual: serán felices quienes acepten el Reinado de Dios y vivan las bienaventuranzas (*Mt. 5, 3-12*). Ahora bien, de conformidad con el Catecismo de la Iglesia Católica, las bienaventuranzas están en el centro de la predicación de Jesús, pues ellas recogen las promesas

⁴³ Martín, Andrés Mateo. "Puedo ser otro...y feliz". Madrid. Sociedad de educación de Atenas, 1995.

hechas al pueblo elegido desde Abraham y orientan hacia la posesión del Reino de los cielos. Así mismo, responden al deseo natural de felicidad del hombre, el cual ha sido puesto por Dios en el corazón de los individuos, con el fin de atraerlo hacia ellos, único ser que lo puede satisfacer⁴⁴. A lo anterior se agrega, que *"las bienaventuranzas descubren la meta de la existencia humana, el fin último de los actos humanos: Dios nos llama a su propia bienaventuranza"*⁴⁵.

En el sermón de la montaña, Jesús revela un orden de felicidad y de gracia, de belleza y de paz, pues celebra con los pobres, con los que lloran, con los perseguidos, a quienes pertenece el reino⁴⁶.

Y, agrega el Magisterio de la Iglesia, que a pesar de que el hombre se olvide de Dios e incluso lo rechace, Él no cesa de buscarlo para proporcionarle la dicha⁴⁷. Y es gracias a la acción del Espíritu Santo que el hombre puede dar frutos de caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y templanza (Ga. 5, 22-23)⁴⁸.

⁴⁴ Cf. CIC. N. 1716 y s.s.

⁴⁵ Cf. CIC. N. 1719.

⁴⁶ Cf. CIC. N. 2546.

⁴⁷ Cf. CIC. N.30.

⁴⁸ Cf. *Ibíd.* N. 736.

Para la Constitución *Gaudium et spes*, la Iglesia, como producto de la revelación divina, sostiene que el hombre ha sido creado por Dios "para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre"⁴⁹.

Para San Agustín, la felicidad proviene de la suprema regla o de la verdad, que no es nada diferente a Jesucristo, el hijo de Dios. En esa línea, el hombre feliz es sabio y no necesita de las cosas temporales, porque con Dios le basta. De lo anterior se desprende, que San Agustín ve en Dios la felicidad del ser humano, la cual debe buscar el individuo durante toda su vida, y acepta que sólo es feliz quien posee todo lo que desea, y lo destina para realizar todo lo que le agrada a Dios. Por tanto, el hombre necesita tener bienes eternos y permanentes para ser feliz, como sólo puede obtenerlos de Dios, debe poseerle para ser feliz⁵⁰.

La felicidad constituye el centro del discurso programático de Jesús, las bienaventuranzas, las cuales están orientadas hacia la verdadera posesión del Reino de los cielos y responden al deseo natural de felicidad del hombre. Y, aún cuando el hombre se olvide de Dios, Él no deja de buscarlo para proporcionarle gozo y alegría, lo cual se realiza por la acción del Espíritu Santo.

⁴⁹ Cf. Constitución *Gaudium et spes*. n.18.

⁵⁰ Cf. San Agustín. *De Beata Vita*. P.623 y s.s.

4. ¿Cómo hemos entendido la espiritualidad?

Luego de las anteriores nociones, nos ocupamos de señalar el significado, contenido y alcance de espiritualidad. En la actualidad, cuando las religiones y especialmente la católica se ven cuestionadas desde diversos puntos de vista y por serios motivos, la espiritualidad cobra fuerza.

Cada día aumenta el número de personas que experimentan más y más, no ya la simple curiosidad por el esoterismo o cosas parecidas, sino la necesidad de vivir una espiritualidad coherente con las nuevas situaciones y que le haga feliz, gracias al rápido y profundo cambio cultural del momento presente.

El problema que muchos se plantean cuando se habla de este asunto, está en que, en no pocos ambientes, la espiritualidad se relaciona con lo que aleja de la vida y el mundo, de la sociedad y de los asuntos serios que viven tantas personas. Se trata, en ese caso, de la espiritualidad que «entontece». En otros ámbitos de la vida, lo que se piensa es que la espiritualidad es lo más opuesto a lo humano, lo corporal, lo laico, etc. Lo que es peor, hay quienes sospechan que hablar de espiritualidad es hablar del sustituto liviano de la sólida fe religiosa de otros tiempos.

No es fácil definir la espiritualidad, en todo caso, es común presentarla como sinónimo de vivir bajo la acción del Espíritu, pues éste es lo más radical de la espiritualidad. No obstante, también se la tiene como la forma envolvente y unificadora de entender toda la vida: Dios, el hombre, la muerte, el universo, la historia y el amor, entre otras cosas; la razón o fundamento no es otra que la necesidad de integrar la persona en la perfección. Es preciso señalar otra forma para dar un concepto de espiritualidad cristiana, cual es concretarla en la integración de todo individuo desde la fe, la esperanza y el amor.

Así la espiritualidad se entiende como espacio fundamental, no accidental, de modo que su estructura comprende todas las dimensiones del individuo, así como su inserción en el mundo y las relaciones que establece con los demás. En otros términos, la espiritualidad no es más que una experiencia de vida, la cual se realiza a partir de la madurez de la fe y debe estar en consonancia con la realidad teológica del individuo: hijo y hermano en Cristo⁵¹.

Para Hans Urs von Balthasar, desde la conciencia universal, la espiritualidad es la actitud práctica o existencial, fundamental de una persona, que se traduce en la forma de entender la vida religiosa o la vida éticamente comprometida. Desde la óptica de la teología ascético-mística, es la vivencia personal de las decisiones religiosas básicas mediante determinados ejercicios y experiencias.

⁵¹ Cf. Gamarra Saturnino. *Teología Espiritual*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 2004. P.37 y 38.

De otra parte, el mismo autor considera que la espiritualidad comporta una verdadera decisión fundamental, de manera que el hombre se entiende y se define por el espíritu y no por el cuerpo, la materia o el instinto. Y, en esa línea, habla de las dimensiones de la espiritualidad humana: el hombre se entiende como único con su centro en el espíritu, quien se encarga de la armonía y dominio tanto somático como corpóreo. El espíritu necesita realizarse, pues sin el mundo como materia del deber, no sería más que un sueño. Finalmente, el espíritu llega a su mismidad, no cuando el que actúa toma por canon su añoranza del absoluto sino cuando deja que le mande el absoluto como espíritu que marca la pauta.

Balthasar también se ocupa de establecer los caracteres de la espiritualidad humana universal, de acuerdo con él la espiritualidad es trascendente, pues parte de dentro del ser y se refleja en el actuar con los otros; es indispensable, dado que en el mundo encuentra su comprobación, educación y purificación, lo cual contribuye a la realización del hombre⁵².

Las dimensiones que se consideran esenciales a la espiritualidad son: el camino hacia el interior, hacia lo trascendente y hacia los demás. En cuanto a la interioridad, es necesario mencionar que en la tradición cristiana tiene gran importancia el término espiritualidad, pues San Pablo lo utilizaba para designar el

⁵² Cf. Hans Urs von Balthasar. *Puntos centrales de la Fe*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 1985. P.283 y s.s.

centro de la existencia cristiana (1Cor. 2,13-15; 9, 11; 14,1). La espiritualidad supone una relación con lo trascendente, pues es esencial a la perfección cristiana actuar a partir de la acción salvífica de Dios en Jesucristo, presente en la Iglesia y transmitida por su palabra y por los sacramentos. Finalmente, el hombre en cuanto espíritu, está abierto a lo universal, de manera que está impulsado hacia los otros y a la actuación en el mundo⁵³.

Como conclusión, podemos afirmar que la espiritualidad es un aspecto fundamental, casi el más importante de la vida del hombre, cuya estructura comprende todas las dimensiones del individuo, en su interior y en las relaciones que establece con los demás. Es una experiencia de vida, que se realiza a partir de la madurez de la fe y en perfecta coherencia con la condición de hijo de Dios y hermano de Jesucristo, propia de todos los hombres.

5. Propuesta de José María Castillo

Lo primero que debemos anotar es que nuestro autor no trata el tema de la santidad, difícilmente la refiere en sus obras citadas, en las cuales su tema fundamental es el de la felicidad, como una forma de vida espiritual.

En "*Dios y nuestra felicidad*", José María Castillo considera que, en una primera aproximación, puede definirse la felicidad

⁵³ Cf. Gamarra Saturnino. *Teología Espiritual*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 2004. P.33-36.

como la realización de los deseos, la alegría de vivir, la prosperidad, la dicha desbordante e indescriptible, la euforia total y el optimismo sin límites⁵⁴. El hombre tiene múltiples posibilidades para realizar su felicidad, sin embargo, muchas veces, se pregunta si Dios es capaz de proporcionarle ese estado de gracia, si Él puede ser su alegría, si al buscar su felicidad en las cosas del mundo puede encontrarse con Dios, y, finalmente, si la felicidad tiene alguna relación con la espiritualidad y la santidad.

Lo anterior, dado que muchas veces las personas ven lo religioso como verdaderamente opuesto a la felicidad, pues lo perciben como algo limitante y coercitivo, en otros términos, como un muro de contención. De esta manera, Dios se convierte en una amenaza para el hombre y es muy difícil verlo como la fuente de la felicidad y de la santidad. En todo caso, Castillo hace claridad en que el Dios que Jesús quiere mostrarnos no es un ser despiadado y terrible que goza con el dolor del hombre y que, tal vez, por esta razón las personas no ven a Dios como la posibilidad de ser felices y por eso se alejan de Él.

Llega a determinar que para cambiar la imagen que muchas personas tienen de Dios no es necesario estructurar una figura llamativa que esté de acuerdo con las formas de sentir y pensar de la época, porque lo que se debe hacer es mostrar a Dios como es: "*el Dios de nuestra felicidad*", para lo cual no hay que vender su

⁵⁴ Cf. Castillo José María. *El Dios de nuestra felicidad*. Ed. Desclée de Brouwer. Quinta edición. Bilbao. 2001. P.13.

imagen, simplemente hay que darlo a conocer. Sin embargo la experiencia de Dios es la vivencia de lo inabarcable, de lo trascendente, de lo incomprensible, pues el hombre no se acerca a Él a través del entendimiento, no es necesario buscarlo para conocerlo, pues Él mismo se ha revelado por medio de Jesucristo. En otros términos, a Dios no se llega por ejercicios intelectuales sino por la experiencia del corazón⁵⁵.

El problema que se presenta es que el hombre, la mayoría de las veces, quiere que Dios sea como él, que vea el mundo con sus ojos, actúe y juzgue como él, cuando definitivamente lo que debemos comprender es que Dios es Dios y el hombre es el hombre. Lo anterior, en todo caso, se debe a la formación que hemos recibido, la cual ha creado la necesidad de tener un superior o un ganador, lo que limita la libertad y fomenta la posibilidad de cometer errores⁵⁶.

Ahora bien, Castillo en su obra "*Espiritualidad para Insatisfechos*", considera que el centro de la espiritualidad cristiana no está en la renuncia a todo lo bueno que Dios ha puesto, sino en la plenitud, dignidad, disfrute y goce de la vida. Esta espiritualidad compacta exigencias éticas que parten del mensaje de Jesús relacionado con el reino de Dios, de modo que el cristianismo se reduce a un proyecto ético, porque el mensaje de Cristo no se

⁵⁵ Cf. Castillo José María. *El Dios de nuestra felicidad*. Ed. Desclée de Brouwer. Quinta edición. Bilbao. 2001. P.35.

⁵⁶ Cf. Castillo José María. *El Dios de nuestra felicidad*. Ed. Desclée de Brouwer. Quinta edición. Bilbao. 2001. P. 77-78.

puede llevar a la práctica si no se vive desde una experiencia mística⁵⁷.

El capítulo tres del libro "*Espiritualidad para Insatisfechos*", comienza con la afirmación de que "*la teología cristiana se ha ocupado más del sufrimiento que de la alegría [...] les ha interesado más la muerte que la vida [...]*"⁵⁸; y si bien es cierto que los tratados teológicos hablan de la vida, también es verdad que no se refieren a "ésta" sino a la "otra", continúa Castillo.

Lo anterior se debe, entre otras cosas, a que el pecado original, que no es otra cosa que la limitación propia de la condición humana, ha sido entendido como la forma de culpar al hombre del mal que hay en el mundo y como la causa por la cual Dios está ofendido e irritado contra la humanidad, de lo cual se deriva que lo divino no solamente se entiende alejado de lo humano, sino también en contra, y de manera especial de aquellos sectores de lo humano más cargados de concupiscencia, concretamente, la sexualidad, el placer, el bienestar, la alegría y el solo hecho de pasar bien la vida⁵⁹.

⁵⁷ Cf. Castillo José María. *Espiritualidad para insatisfechos*. Editorial Trota. Madrid. 2007. P.13.

⁵⁸ Cf. Castillo José María. *Espiritualidad para insatisfechos*. Editorial Trota. Madrid. 2007. P.41.

⁵⁹ Cf. *Ibíd.* P. 44-45.

Así, la tradición cristiana ha interpretado la muerte de Cristo como el medio que Dios escogió para salvar al hombre de la condenación y ha considerado que, en consecuencia, lo que más nos acerca a Dios es el sufrimiento humano; y, en esa línea, una religión que diviniza el sufrimiento no tiene otro camino que decirle a sus seguidores que deben tener su esperanza en "*la otra vida*", porque en ésta lo único que se puede hacer es tener paciencia, resignación y fuerza de voluntad para privarse de tantas cosas que hacen feliz al hombre⁶⁰.

No obstante, Castillo concluye que lo más urgente que necesitamos los cristianos es asumir y hacer propia la mística de la felicidad, pues lo que realmente agrada a Dios es que sus hijos vivamos gozosamente, para lo cual debemos transmitirnos la alegría unos a otros. La felicidad no es algo que Dios nos da como el maná a los israelitas en el desierto, es una tarea de la humanidad, tal vez, la más difícil, porque para poder dar alegría a otro es necesario poseerla, así se debe empezar por ser feliz, y, además, renunciar a muchas situaciones que brindan satisfacción personal, para proporcionar la felicidad a los demás. Y agrega por último, que la felicidad no es una doctrina que se aprende, es un estilo de vida que se contagia y esa capacidad de transmitir la alegría es determinante para quien quiera hablar de Dios⁶¹.

⁶⁰ Cf. *Ibíd.* P.47-48.

⁶¹ Cf. *Ibíd.* P. 73-74.

6. La espiritualidad cristiana y vida cotidiana

Después de las anteriores consideraciones, nos ocupamos de lo que para José María Castillo es la espiritualidad cristiana. Hablar de espiritualidad es un verdadero contraste, pues para muchos constituye el eje fundamental de la existencia del hombre y, para otros, es el aspecto menos trascendente de la vida⁶². Los primeros ven en la espiritualidad el remedio a todos sus males, mientras que sus detractores la asimilan a la renuncia y mortificación de todo lo que naturalmente nos gusta.

En cuanto a la estructura de la espiritualidad cristiana, afirma que tradicionalmente se ha dicho que el modelo de espiritualidad es aquel proyecto de la propia perfección espiritual –la santidad-, lo cual implica, necesariamente, que el hombre se centre en sí mismo. No obstante, lo cierto es que el punto de partida de toda espiritualidad cristiana es el seguimiento de la persona de Jesús y la opción de la libertad con todas sus consecuencias, con el único fin de estar disponibles para la causa del reino de Dios, lo cual constituye el verdadero centro y principio estructural de la espiritualidad⁶³.

Para determinar el centro de la espiritualidad cristiana, Castillo hace claridad en que todas las personas creyentes en la

⁶² Cf. Castillo José María. *Espiritualidad para insatisfechos*. Editorial Trota. Madrid. 2007. P.29

⁶³ Cf. Castillo José María. *Espiritualidad para insatisfechos*. Editorial Trota. Madrid. 2007. P.24-26.

religión tienen la convicción de que Dios y la vida son dos relaciones disociadas, es más, contrapuestas. Esto se debe a que muchos ven en la vida con sus males, sufrimientos y contradicciones una razón para no creer en Dios, más aún, hay quienes ven en Dios el mayor obstáculo para disfrutar la vida en toda su plenitud y con todas sus potencialidades. De manera que, de una parte, se tiene una gran dificultad para aceptar la existencia de un Dios profundamente bueno y, de otra, la creencia de que Dios manda, prohíbe, amenaza y castiga, lo cual es un problema para la religión, porque a muchos individuos les parece inconcebible la idea de que para acercarse a Dios se debe sacrificar su entendimiento, su voluntad y felicidad, aceptar dogmas que no comprende, someterse a mandatos que le resultan bastante costosos y vencerse ante las cosas que más les gusta, porque así se parecerían a Cristo, quien con su dolor le enseñó al hombre la forma de vivir⁶⁴.

Castillo llega a la conclusión de que el centro de la espiritualidad no está ni en la religión ni en la ascética ni en la virtud ni, mucho menos, en la perfección del hombre, dado que su fundamento está *"en la defensa de la vida de los seres humanos, en el respeto a la vida, en la dignidad de la vida y hasta el goce y disfrute de la vida para todos"*⁶⁵. Y, si la espiritualidad quiere ser coherente con el Evangelio y con las exigencias de nuestro tiempo, no tiene otro camino que tomar en serio la vida y luchar por ella,

⁶⁴ Cf. *Ibíd.* P.30 y 31.

⁶⁵ Cf. *Ibíd.* P.39.

así tenga que enfrentarse a la religión, como lo hizo Jesús, para lo cual el hombre no tiene que hacer otra cosa que vencer el miedo⁶⁶.

7. Ser santo... ser feliz

Como lo advertimos, luego de haber establecido las nociones de santidad, felicidad humana y espiritualidad cristiana, procedemos a desarrollar los argumentos por los cuales estamos convencidos de que el hombre, efectivamente, puede alcanzar la santidad cristiana, en su diario vivir, a partir de la búsqueda constante de la felicidad.

Santidad y felicidad son expresiones fuertemente relacionadas, pues la segunda es una verdadera manifestación de la primera. Para desarrollar esta idea nos detendremos en los puntos de encuentro que existen entre santidad cristiana y felicidad humana, como parte de la vida espiritual, que son: a. la invitación a la santidad se complementa con las bienaventuranzas, b. Jesús confirma que sí es posible ser santo siendo feliz, c. para ello necesario replantear el concepto de pecado, y, d. la espiritualidad es el campo que lleva al hombre a la santidad.

⁶⁶ Cf. *Ibídem*. P. 40.

7.1. La invitación a la santidad y las bienaventuranzas

La santidad es el llamado a la plenitud de la vida cristiana, que se realiza a partir de una unión íntima con Cristo, lo que se logra a través de la práctica de los sacramentos, que nos deben llevar a la dicha, a la plenitud (CIC N.2013). No obstante, no es tan sencillo determinar en qué consisten dicha y plenitud ni cómo se refleja en el diario vivir del hombre.

Porque, en nuestro sentir, la nombrada noción de santidad no ha sido entendida con el alcance de lo que efectivamente Dios quiere para el hombre, es decir, que sea feliz y se realice como persona, que sea un ser verdaderamente auténtico, para lo cual no tiene que esperar a que termine su vida terrena sino, por el contrario, se realiza desde el mismo momento en que tiene conciencia del fin para el cual ha sido creado. Por eso, la constante llamada ser "*santos como yo soy santo*" (Lv 11, 44) y de Cristo "*Dichosos [...]*" (Mt. 5, 3-12).

El fundamento de la felicidad en Jesús está en el relato de las bienaventuranzas (Mt. 5, 3-12), según el cual, los poseedores de la felicidad y protagonistas del reino de los cielos son aquellos pobres de espíritu, mansos, que lloran, que tienen hambre y sed de justicia, misericordiosos, limpios de corazón, que trabajan por la paz, perseguidos por causa de la justicia y, los que son humillados por defender el Evangelio. Una lectura ligera del texto, podría

llevarnos a pensar que lo que Dios quiere es que el hombre no progrese, que viva en la pobreza, que esté conforme con su diario vivir y que permanezca en un estado de sufrimiento.

Sin embargo, es preciso ir más allá de la simple interpretación gramatical, y buscar la enseñanza que Jesús nos quiere transmitir de fondo. Como lo anotamos, Él enseñó con su ejemplo que la pobreza a la que hace alusión no representa una precaria situación económica, sino que significa un espíritu total de desprendimiento por las cosas del mundo (Jn. 17), de manera que la realización amorosa de la misión encomendada es reflejo de su felicidad. La mansedumbre no es soportar la vida con resignación, como aparece, pues es más bien la sabiduría para actuar de la mejor manera. Ahora, ningún relato del Evangelio nos narra que Jesús estuviera llorando porque nadie quería aceptar su mensaje o porque fuera difícil cumplir su tarea o porque no quisiera hacerlo. Sin embargo, sí nos muestra cómo Él constantemente se dolía de la necesidad y sufrimiento del otro, a partir de lo cual reconocía su identidad y le restituía su dignidad (Mt 9, 27-31; Lc. 5, 12-13).

De otra parte, si bien es cierto que en el discurso programático de Jesús está contenida la felicidad, orientada a la posesión del reino de los cielos, también es verdad que ese reino no está más allá de la muerte, sino en esta vida, en donde el hombre tiene múltiples posibilidades para realizar su felicidad. Sin embargo, dada la formación que por siglos hemos recibidos es natural que las personas, se pregunten si Dios es capaz de proporcionarles ese

estado de gracia, si Él puede ser su alegría, si al buscar su felicidad en las cosas del mundo pueden encontrarse con Dios, y, finalmente, si la felicidad tiene alguna relación con la espiritualidad y la santidad.

Definitivamente, la respuesta es afirmativa, porque el único deseo de Dios es el bienestar, beneficio, alegría y felicidad de los individuos; y, ese mismo es el anhelo del hombre, quien quiere dejar de ver en Dios el obstáculo para su realización personal, como muchas veces lo ve o se lo hacen ver. El problema es que el hombre entienda la felicidad como Dios se la proporciona. Desde luego que el individuo descubre a Dios en su experiencia de vida, en las cosas del mundo, lo que pasa es que no puede quedarse en ellas porque para ser verdaderamente auténtico debe tener un encuentro íntimo con Cristo, quien le revela a Dios, y le permite vivir en el mundo sin ser del mundo y sin perderse en él.

7.2. Jesús confirma que sí es posible ser santo siendo feliz

La santidad se origina en la revelación de Dios (Lv. 11, 44) y se realiza de manera efectiva a través de Jesucristo, modelo de perfección (L.G. n. 40 y 41). Significa lo anterior que basta con ver, conocer, seguir y aceptar la persona de Jesucristo, para entender nuestro llamado a la santidad. Pero llegar al conocimiento de Jesucristo no es tan fácil como pareciera, porque es Jesús quien nos habla de Él mismo, a través de su Palabra.

Nos han enseñado que la misión fundamental de Jesús en el mundo fue la de hacerse hombre, habitar entre nosotros, morir y resucitar al tercer día, para redimir todos los pecados de la humanidad. Sin embargo, no podemos desconocer que su muerte y resurrección no son más que el sello de la nueva alianza y la reafirmación del reinado de Dios en medio de los hombres, tarea que comenzó, como nos lo han transmitido las Sagradas Escrituras, en su predicación y desde su primer milagro, en las bodas de Caná (Jn. 2).

Jesús nos reveló al Padre y con su ejemplo de vida nos enseñó a vivir en santidad alegre, pues nunca exigió algo que Él no hubiera hecho primero. Los Evangelios nos relatan cómo fue su vida en medio de una realidad social difícil, en la que las personas tenían ansias de Dios, querían descubrirle pero no encontraban la fórmula o más bien el camino. Así, se fue convirtiendo en modelo de felicidad, de oración, de servicio, de amor, fe y esperanza, su vida estaba en perfecta coherencia con su Palabra y con el querer del Padre para los hombres.

Jesús nos enseñó con su vida que la santidad no estaba simplemente en cumplir la ley de su tiempo porque sí, no vino a abolirla sino a darle cumplimiento (Mt. 5, 17 - 19), a establecer su verdadero alcance, a poner al hombre por encima de los mandatos legales. En ese sentido, los principales destinatarios de su predicación fueron los fariseos, los saduceos, los sacerdotes, los

maestros de la ley y los escribas, es decir, aquellas personas que defendían la ley a toda costa y exigían su materialización al pie de la letra, así su aplicación muchas veces resultara injusta. El Evangelio nos narra muchos episodios en los cuales Jesús toma un texto de la ley y lo interpreta de manera que pueda ser aplicado a la realidad de los hombres y les permita alcanzar el fin último de su discurso programático, la felicidad (Mt. 5, 21-48; 9, 14-17; 12, 1-8; Mc. 2, 18-28; 7, 1-13).

7.3. Concepto tradicional de pecado

El pecado es una falta contra la razón, la verdad y la conciencia recta, es faltar al amor verdadero para con Dios, para con el prójimo y para con la Iglesia⁶⁷. En sentido general el pecado es una acción humana que se opone a Dios, construyéndose un mundo fundado en la propia persona, colocándose al margen de Dios, como si Él no existiera, "engañosa pretensión de ser como Dios, excluyéndolo de todo proyecto humano, rompiendo violentamente la relación con Él"⁶⁸

Esta realidad del pecado, ataca, lesiona y hasta termina la opción fundamental, es decir la inclinación, decisión y vocación del hombre. Supone la violación de la ley de Dios y la lejanía de Él. "es posible que el mayor pecado en el mundo de hoy consista en que

⁶⁷ Catecismo de la Iglesia Católica N. 386 y siguientes.

⁶⁸ Reconciliación y penitencia N. 14

los hombres han empezado a perder el sentido del pecado” (Pio XII).

Pecar, supone en el creyente: sentimientos de culpabilidad, malestar, angustia y frustración por actuar en contra del dictamen de la conciencia, impresión de estar manchado y contaminado, sensación de derrota, ruptura y división interna, terquedad de conducta, pero en muchas ocasiones, nace de él un deseo grande y profundo de conversión.

7.3.1. Pecado en el Antiguo Testamento

Pecar es destruir el pacto de amistad e impedir el plan de Dios sobre la historia y las relaciones humanas. Es la injusticia realizada por el olvido de Dios, que condenaron los profetas (Is. 1,12-17; Jr. 7,1-11) Es la infidelidad contra el Dios de la alianza, ingratitud, blasfemia (Ez. 22,17) e idolatría, es desobediencia ante el mandato expreso de Dios, (Gn. 3,3-5) es la rebeldía de quien quiere ser igual a Dios. En definitiva es una ofensa personal y comunitaria y una ingratitud con el creador.

7.3.2. Pecado en el Nuevo Testamento

Jesús no tuvo inconveniente de vivir en medio de pecadores, a quienes acoge, aunque escandalice a algunos que se creen justos (Mc. 2, 17). Él denuncia el pecado, pero no lo convierte en centro de su predicación. Él no se queda en lo externo, sino en lo profundo del corazón (Mt 15, 18). No predica condena sino salvación.

Desde esta nueva perspectiva, se muestra a Jesucristo como el liberador del pecado. Cristo el cordero que quita el pecado del mundo (Jn. 2,29). Es el vencedor del pecado, el salvador de lo que había perecido (Mt. 18,11). Su muerte es para la remisión de los pecados (Mt. 26, 28). Jesús revela el rostro de un Dios Padre misericordioso (Lc. 15,1ss), Él mismo perdona los pecados y transforma los corazones (Mt. 9,2), Envía el Espíritu Santo para perdonar los pecados y establece el bautismo para la remisión de los pecados (Jn. 20,22; Hch. 2,38).

En la biblia y en la tradición, quien comete pecado tiene el castigo, es decir se aleja de la santidad, pero se ha mostrado con

tanta dureza, que desde este punto de vista, ser santo, resulta una misión muy complicada, casi imposible. Pero eso no lo quiere Dios.

7.4. La necesidad de replantear el concepto de pecado

Otro de los puntos de encuentro entre la santidad cristiana y la felicidad humana, es el que está relacionado con la noción de pecado. En efecto, es necesario dejar de lado la visión de Dios como un ser inquisidor que está pendiente de los errores del hombre, para castigarlo con una enfermedad, un accidente, la pérdida del empleo, la muerte de un ser querido, las crisis económicas y, en fin, todas las situaciones de dolor por las que pueden pasar las personas.

Es preciso superar la creencia de que todo lo religioso es opuesto a la felicidad, porque como lo entendió Castillo, el Dios que Jesús nos revela no es un ser despiadado y terrible que goza con el dolor del hombre, sino un Dios de misericordia.

Significa lo anterior que otro de los aspectos que debe replantearse es el del concepto de "pecado"⁶⁹ y el de la "renuncia al pecado". Es perfectamente claro que el hombre para conseguir

⁶⁹ De acuerdo con el Catecismo de la Iglesia Católica *"el hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador (Cf. Gn 3, 1-11) y, abusando de su libertad desobedeció al mandamiento de Dios. En esto consistió el primer pecado del hombre (Cf. Rm 5, 19). En adelante, todo pecado será una desobediencia a Dios y una falta de confianza en su bondad"* Cf. CIC. N. 397.

su objetivo de santidad o felicidad en la vida, debe desprenderse de muchas cosas que no le permiten alcanzarla, pero no con un carácter moral sino existencial, no como una imposición externa religiosa, sino como una forma de realización humana, hacia la autenticidad.

Al redefinir la noción de pecado, también podemos dejar de interpretar la muerte de Cristo como el único medio que Dios escogió para salvar al hombre de la condenación y que lo que más nos acerca a Él es el sufrimiento humano y que lo único que nos queda es la esperanza en *"la otra vida"*.

Esta manera de ver las cosas limita, y que empobrece la visión del amor de Dios para con nosotros, su creación. No creemos en un Dios que crea para hacer sufrir o para deleitarse en el dolor de su Hijo y de sus hijos. Ese no es el Dios de nuestra fe ni el Dios de nuestra felicidad.

Todo lo contrario, profesamos un Dios que nos da todas las posibilidades para que seamos felices en esta y en la otra vida, porque no sólo allá, sino aquí, tenemos la presencia de Dios. Bastaría con cerrar los ojos al sufrimiento que muchas veces nos buscamos y abrirlos a la verdadera felicidad que encontramos en el amor a Dios y a nuestros hermanos, en la solidaridad y el compromiso con la felicidad del otro a imagen de las primeras comunidades cristianas: *"...los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común..."*. (Hch. 2,42-47).

Vivir en el amor nos da la felicidad y la santidad, pues amar hasta el extremo es amar de verdad, porque *"la medida del amor, es el amor sin medida"* (San Bernardo). De ahí que lo verdaderamente importante es el Señor Jesús y caminar de la mano de la Palabra de Dios.

7.5. La espiritualidad como campo que nos lleva a la santidad

Como se dijo atrás, la espiritualidad es un aspecto fundamental de la vida del hombre, pues las relaciones del hombre consigo mismo y con los demás tienden a la realización del querer de Dios y el anhelo de los individuos: el llamado a la santidad y la obtención de la felicidad. Lo cual tiene como punto de partida el seguimiento de la persona de Jesús y la opción de la libertad con todas sus consecuencias.

De este modo, la espiritualidad resulta ser el telón de fondo de la realización del llamado del hombre a la santidad, esto es, a la plenitud, a la felicidad, la cual, como muchas veces lo hemos anotado, tiene fundamento en la defensa y respeto de la vida de todos los hombres. De modo que para ser coherentes con el Evangelio, es menester tomar en serio la vida y luchar por ella, para lo cual también es necesario dejar de ver la religión como un peligro para los intereses del hombre y aprovechar todas las

herramientas que proporciona para la experiencia del encuentro íntimo con Cristo.

En otras palabras, el cristiano debe abandonar la idea de que todo lo relacionado con Dios, con Cristo y con la Iglesia, tiene un tinte fúnebre y que resulta bastante aburrido frente a muchas propuestas de la sociedad de mercado. El cristiano debe descubrir el verdadero sentido de su vida, su felicidad personal, en las posibilidades de encuentro con Cristo, a través de la lectura y escucha de la Palabra, de la vivencia de la Eucaristía, de la práctica asidua y consciente de los demás sacramentos, de la oración y del servicio a los hermanos.

En definitiva un cambio de óptica donde dolor y angustia no sean la única motivación para acercarse a Dios. Una nueva mirada en que la percepción de Dios y de la fe, sea esperanza, paz, libertad y fortaleza ; esto nos lleva a tener muy claro que quien ama a Dios todo le sirve para el bien y si se vive al lado suyo, es capaz de vencer todos los obstáculos que puedan aparecer en la vida. El caminar en "*...el valle de lágrimas*"⁷⁰... que muchas veces hemos rezado, se puede cambiar por caminar el camino de la felicidad que Dios me ha dado y me dará siempre.

Por último, no podemos dejar de recordar que los puntos de encuentro que establecimos entre santidad cristiana y felicidad

⁷⁰ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica. *Compendio*. Ed. Editriche Vaticana para publicación en Perú de la versión española. Segunda edición. Perú 2005. P. 195.

humana, tienen correspondencia con el pensamiento de José María Castillo y con lo que él denomina "*fórmula de espiritualidad cristiana*".

En síntesis, podemos concluir que la santidad cristiana puede reorientarse y entenderse como el llamado a la plenitud de la vida humana que implica la renuncia a todas las cosas que le impiden descubrirse, poseerse y amarse, en otras palabras, le impide ser verdaderamente auténtico y feliz.

CAPÍTULO III

ANOTACIONES TEOLÓGICO - PASTORALES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA ESPIRITUALIDAD DE LA FELICIDAD

1. Introducción

Luego de habernos ocupado de señalar algunas nociones tradicionales de santidad, felicidad y espiritualidad; luego de haber establecido los puntos de encuentro existentes entre la santidad cristiana y la felicidad humana; hemos encontrado, teniendo como punto de partida el pensamiento de José María Castillo, que sí es posible ser santo siendo feliz en el seno de la espiritualidad cristiana. En este capítulo pretendemos formular algunas pautas teológicas - pastorales que podrían ser tenidas en cuenta por todos aquellos quienes tienen la tarea de anunciar el Evangelio en el mundo de hoy, con el ánimo de lograr la vivencia real y efectiva de una espiritualidad a la felicidad.

El objetivo propuesto lo desarrollaremos a partir de lo que en el capítulo anterior denominamos puntos de encuentro entre santidad cristiana y felicidad humana, como parte de la vida espiritual. Esto es, desde la premisa según la cual: la invitación a la santidad dada por Dios en el antiguo testamento se complementa con las bienaventuranzas predicadas y vividas por Jesús, y para que esa bienaventuranza (la felicidad) sea posible en un mundo moderno. Esto nos lleva tanto a replantear la noción y presentación del pecado, como a transformar algunas formas litúrgicas y teológicas. Podríamos decir, volver a la premisa cristiana inicial (base de la propuesta sobre la espiritualidad de la felicidad): "Jesús confirma que sí es posible ser santo siendo feliz, es decir, junta en sí lo humano y lo divino"

2. Llamado de Dios a la santidad

Dios en su profundo amor por el hombre tiene y mantiene una invitación constante a la santidad, es decir, a ser felices. Esta invitación que conocemos a través de su Palabra nos acompaña desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Como está escrito en el libro del Levítico: *"Porque yo soy Yahvé, vuestro Dios; Santificaos y sed santos, pues yo soy santo"* (Lv.11, 44)⁷¹.

Este llamado será fundamental para una espiritualidad de la felicidad. Por tanto, si queremos actualizar y acercar al hombre al creador, lo primero que se ha de hacer, por encima de los

⁷¹ Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1998.

postulados doctrinales y morales de la teología, es rescatar esta invitación de Dios, muy bien comprendida por el Israel antiguo, antes de su transformación al culto estático, del templo, de la ley, de la doctrina.

2.1. Dios y el llamado a la felicidad a través de su Palabra.

En la Sagrada Escritura encontramos muchos y variados aspectos que nos llevan a reconfirmar el llamado por parte de Dios a la felicidad. Un Dios que es feliz al crear el mundo y al encontrar que todo lo hecho a su imagen y semejanza era bueno⁷², y que a pesar del pecado y de la ruptura de la armonía que había en el paraíso, existía la posibilidad de rehacer una alianza perpetua de renovación, perdón y felicidad. Como se canta el pregón pascual.⁷³

Desde ahí encontramos una llamada constante de Dios a la felicidad, como un estado alcanzable cuando hay una comunión íntima con Él. Realidad que se mantiene aún en medio de situaciones difíciles y hasta dolorosas, que en definitiva son consecuencia del actuar del mismo hombre, pero que nunca aniquilan la posibilidad de la santidad feliz.

⁷² Cf. Génesis 1, 31. Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998

⁷³ Cf. Misal Romano tercera edición típica. Pregón Pascual pág. 202. Oración sobre las ofrendas martes sexta semana de pascua pág. 206. Cada uno de los prefacios propuestos en el misal son un llamado constante a la alegría y a la renovación de alianza reconstruida con la sangre del Cordero.

La relación del hombre con Dios está desde el principio marcada con un sello de alegría que perpetúa el llamado a la santidad. La Sagrada Escritura da fe de un Dios que reúne a sus hijos en un pueblo para iniciar una nueva generación de la vida humana, los elige y los llama a cada uno por su nombre, prometiendo bendición y felicidad⁷⁴. Dios se manifiesta con su llamado de felicidad (y a la felicidad) sacando a su pueblo de la esclavitud⁷⁵, reuniéndolo y llevándolo a una tierra que manaba leche y miel (esto no excluye el dolor del desierto), la tierra en donde realmente serían ellos y alcanzarían su realización como hijos de un mismo Padre⁷⁶.

Así pues, a lo largo de todo el mensaje que encontramos en el Antiguo y Nuevo Testamento, podemos notar que siempre ha habido y habrá un llamado personal por parte de Dios⁷⁷, para que así como Él es feliz, nosotros lleguemos a serlo a través del encuentro con él mismo y con su Palabra, que nos muestra su querer para con cada hombre.

Más aún, se trata de un Dios que no sólo quiere la felicidad del hombre, sino que lo hace feliz y vive con él, permanece con él y le abre el camino a un nuevo estado de vida. Esto lo hace ver en su

⁷⁴ Cf. Génesis 12, 1ss. Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998

⁷⁵ Cf. Éxodo cap. 14—15. Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998

⁷⁶ Cf. Génesis cap. 12, 1-3. 15, 7. Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998

⁷⁷ Cf. Génesis 12, 1. Ex 3,4. Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998

trasegar con ellos en el arca de la alianza⁷⁸, suscitando en ellos cánticos e himnos de alabanza, victorias y esperanzas, en medio de la hostilidad del ambiente.

Un pueblo que es desobediente y que en distintas ocasiones se aleja de su creador, se encuentra a un Dios misericordioso al que sin importarle nuestro "delito o pecado", se alegra de que lleguemos de nuevo a recuperar lo que es nuestro⁷⁹: la felicidad. No es un Dios del Templo, alejado y ajeno a todo el pueblo, sino que, un ser que a lo largo y ancho de la historia, fue transmitiendo su palabra de salvación, que nos lleva a todos a *ser santos como Él, nuestro Padre es Santo*.

Así pues, no podemos pensar que Dios haya dejado sola su creación, sino que se hace tan sencillo que nos invita a todos a reconocerlo en la pequeñez de la vida, en las cosas más íntimas y más dignificadoras de nuestra condición. Es un llamado a encontrarlo a Él en medio de nuestra debilidad, reconociéndonos pecadores, pero luchando por dejar el pecado, eso que no nos permite alcanzar la santidad y la comunión con nuestro único y verdadero Señor.

Ese pecado es el que nos aleja de nuestra felicidad⁸⁰, haciéndonos desconocer nuestra condición de hijos y de hermanos,

⁷⁸ Cf. Gn 25, 10-22. Jos 3,15; 6, Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998.

⁷⁹ Cf. Lc 15, 1ss. Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998.

⁸⁰ Cf. Gn 3, 1 ss.; 4, 1ss. Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998

haciéndonos ciegos ante la misericordia de Dios y convirtiéndose en una carga, un lastre que se nos hace pesado y a veces hasta imposible llevar en la vida, bien sea por nuestra amargura o por nuestra indecisión de aceptar al único que nos puede llenar de felicidad.

Reconocer el llamado de Dios a la felicidad en el mundo, es aceptar que Dios se plugo en su creación y nos llama a todos a serlo; esto no se trata de alejarnos del mundo, sino saber utilizar lo que él nos ha dado para ser felices, entregando a cada hermano lo que le corresponde, descubriendo en el otro la mirada de Dios y más aún, rechazando todas aquellas cosas que nos pueden subvalorar y que nos llevan a la infelicidad, la tristeza y a la pérdida de sentido de nuestra existencia.

Sabemos pues que tenemos un Padre que nos reconoce como verdaderos hijos y sigue creando todo felizmente y con amor, estando cerca de nuestra condición y buscando que siempre todos tengamos lo mejor. Es un Padre que nos llama a realizarnos en todos los aspectos de nuestra vida, así como lo hizo con su pueblo a lo largo de la historia, a través de sus profetas y de todos aquellos que aceptaron su llamado y que decidieron ser felices en medio de la desigualdad, el pecado y la falta de amor.

Hoy es necesario saber que somos personas que, desde nuestra realidad, estamos llamados a ser santos. Esto lo podemos lograr desde la perspectiva de la felicidad, alzando nuestra mirada

al cielo y saliendo del letargo en el que nos ha dejado el moralismo y la mala interpretación del llamado del Padre.

Ahora bien, si somos conscientes de la presencia de Dios en nuestra vida y descubrimos el llamado que nos hace de manera individual con una proyección comunitaria, podemos repensar el aspecto de nuestras celebraciones, las palabras en la predicación en la catequesis que en muchos lugares imparten en las parroquias y la educación religiosa escolar que se da en colegios.

No se trata de cambiar ni de innovar, se trata de ser coherentes con la vida en Dios, leer los signos tiempos y asumir nuestra vida como lo hizo Jesucristo, reconociéndonos como verdaderos y auténticos hijos de Dios, pues en verdad lo somos.⁸¹

Cuando en realidad podamos aceptar el llamado de Dios en nuestra vida, alcanzaremos la santidad, puesto que nos esmeraremos no simplemente por no pecar o por cumplir con leyes, ritos y cosas externas, sino que lucharemos por nuestra felicidad, sin hacernos daño a nosotros mismos, a los hermanos y al mismo Dios.

Es así que todos los pastores de nuestra Iglesia, debiéramos esforzarnos por mostrar el mensaje del llamado a la santidad y así, a la felicidad, desde el cotidiano quehacer, desde lo sencillo y desde la asunción de nuestra propia misión en el mundo: la de ser felices.

⁸¹ Cf. Lc 2,10.20. Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998.

Tratando de predicar a un Dios cercano, que baja a vivir con cada hombre y todos los días nos está llamando a vivir en medio de la debilidad, sin desconocer que sólo cuando nos aceptamos tal como somos⁸², podremos hallarle sentido a nuestra vida y así ser felices⁸³. Felicidad que no será apariencia, sino en plenitud que se verá reflejada en nuestra forma de actuar, puesto que el ser felices nos debe llevar a la vivencia de actos que no tengan intenciones negativas, de destrucción o de violencia.

Así pues, todos nosotros podremos asumir la felicidad que viene de Dios como un estilo de vida, que nos enmarca en todo un acontecimiento maravilloso de salvación, en donde Dios estará convocando a su pueblo para que le reciba realmente en su corazón.

En consecuencia, nuestra vida, deberá mostrar rasgos profundos de felicidad y así podremos impregnar a muchos que no sienten el calor de Dios en sus vidas, empezando por muchos hermanos sacerdotes que simplemente se encargan de predicar una palabra un poco oscura. Será, pues, la oportunidad de mostrarle al mundo que todo lo que hemos usado de él ha sido para alabanza y gloria de Dios y más aún para nuestra propia felicidad.

⁸² Cf. Lc 5, 12.27; 7,37-38; 8, 43ss. Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998

⁸³ El hombre en busca de sentido, Frankl Viktor. Herder. Barcelona, 2004
Reconciliarse con la propia sombra, Monbourquette. Sal Terrae. Santander.

Se trata de rescatar en la pastoral el Dios del antiguo Israel, el Dios que camina frente a su pueblo, que siente y vive la realidad de su hijo Israel, que se hace uno con el pueblo, el que suscita cantos, bailes e himnos de alegría por estar ahí. De esta forma, creemos que la visión del mundo y de Dios hará más sencilla la vida, aunque tenga vicisitudes, y llenará de esperanza y felicidad el caminar, hacia una meta definida: la santidad, que se construye en la alegría de cada día y se vive en el acontecer feliz de Dios en la historia.

2.2. El llamado de Dios plenificado por Jesús en las bienaventuranzas⁸⁴

El mensaje de felicidad descrito a lo largo del Antiguo Testamento se hace realidad, se hace carne y llega a su plenitud con la predicación de Jesucristo: una respuesta de Dios al profundo amor que siente por el hombre.

Y es la propia Palabra (el Verbo encarnado) la que nos marca y señala el camino para alcanzar esa invitación a la santidad bienaventurada, pues, *"tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna"* (Jn 3, 16) [...] *"y la vida eterna consiste en que te conozcan a ti, el único Dios verdadero"* (Jn 17,3). Ahora bien, esa plenitud de vida no está después de la muerte sino en la vivencia

⁸⁴ Cf. Lc 6,20-23; Mt 5, 1-11. Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998

actual y efectiva de la santidad, aún a pesar de los escollos propios de la humanidad.

De manera que un derrotero sólido para iniciar, tener y mantener el proceso de espiritualidad hacia la santidad, es Cristo y la adhesión total y feliz a él, pues no dice *"yo soy camino la verdad y la vida. Solamente por mí se puede llegar al Padre"* (Jn 14, 6) [...] *"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"* (Jn 14, 9). Y en el mismo sentido, orientó todas sus predicaciones y enseñanzas, pues fue constante su insistencia en que *"Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí aunque muera vivirá; y todo el que todavía está vivo y cree en mí, no morirá jamás"* (Jn 11, 25-26) [...] *"el que beba del agua que yo le daré, nunca volverá a tener sed. Porque el agua que yo le daré se convertirá en él en manantial de agua que brotará dándole vida eterna"* (Jn 4, 14).

Es una invitación constante a un estado de vida pleno, que sólo se puede alcanzar en Él como plenitud de la obra creadora y feliz del Padre. Por tanto, no solo su predicación, sino su vida es expresión de la felicidad que se logra con la unión íntima con el Padre.

Ahora bien, para lograr conocer al Padre y aceptar en nuestra vida la invitación a la santidad, es necesario alcanzar diariamente la plenitud de la vida cristiana, la cual cada creyente realiza a partir de una unión íntima con Cristo y consigo mismo como obra perfecta

de Dios.⁸⁵ Y si la santidad no es otra cosa que una actitud alegre frente a la vida y la práctica efectiva y constante de la felicidad, es necesario partir de lo que Jesús enseña, hasta con su propia vida, sobre la felicidad. En efecto nos enseña que hay más alegría en dar que en recibir. Por eso la existencia de Jesús es una pro-existencia, es decir una vida para los demás⁸⁶, como diría San Bernardo: "la medida del amor es el amor sin medida".

Jesús muestra un plan para llegar al Padre, todo un proyecto plasmado en el sermón de montaña,⁸⁷ cuya cima fundamental y fundacional en el discurso de las bienaventuranzas, verdaderos principios de felicidad. Así pues, el fundamento de la felicidad en Jesús está en las bienaventuranzas, no como una doctrina sino como una realidad existencial transformadora y esperanzadora, como el proyecto de Dios con su pueblo.

Las bienaventuranzas no son un discurso político o programático de Jesús, sino la explicitación verbal evangélica, actual y esperanzadora hacia una vida plena que se construye desde dentro y con la fe activa en un Dios que contempla al hombre caído y derrotado, lleno de lagrimas, de injusticias, de desesperanza, esclavo, con la cabeza hacia la tierra, un hombre

⁸⁵ Cf. Salmo 8

⁸⁶ Cf. Jn 10,28; 12, 25 Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998.

⁸⁷ "La bienaventuranza es el gozo (con un matiz de plenitud) y el bienestar, el estado de felicidad suprema o la salvación. En el contexto hebreo llamar a alguien bienaventurado, es casi llamado beatus. Podría significar una felicitación, como signo de envidia por la gracia de Dios en él". Jan Lambrecht. "Pero yo os digo..."sígueme, salamanca, 1994, cap. 2.

que, en medio de una realidad dura y existencial, ha perdido el sentido de vida y de lucha, aunque sigue practicando los deberes religiosos y sociales.

Bienaventurado, entonces, será aquel que con una vida real, sufrida, caída, desmantelada, pone su fe en Cristo, deja que éste viva dentro de sí, levanta la cabeza, se limpia el polvo, las lagrimas y las llagas y camina feliz a la realización de las promesas de Dios, hacia una tierra que mana leche y miel. Por tanto, el bienaventurado es todo creyente que toma una opción no sólo religiosa, sino existencial por la transformación de su realidad, con una actitud positiva frente a la vida y su situación, haciendo memorial de la promesa (Gn 12, 1ss), que se actualiza cada día y da felicidad en el futuro actual de dicha y paz.

La bienaventuranza del evangelio, no es algo teórico, sino la explicitación de la voluntad de Dios y la plenitud de las promesas del antiguo testamento, y el inicio de una nueva vida espiritual y religiosa, es una nueva posición existencial frente a la realidad existente y frente a la relación con Dios, ya no de dios-súbdito, sino de Padre-hijo.

Ya en el Antiguo Testamento Dios había dado un camino de felicidad comunitaria con el decálogo, que no es otra cosa que una serie de caminos para la felicidad en relación con Dios y con el prójimo, de ahí que la misión del hombre es cumplir este pacto y ser feliz.

La bienaventuranza, como lo fue en Cristo, ha de convertirse en cada uno de nosotros en la fuente inagotable de las predicaciones, direcciones espirituales, consejerías, catequesis, enseñanza religiosa escolar, pero igualmente en una forma de vida, en una forma de pensamiento que me conduce a la santidad y me hace feliz, teniendo como meta el paraíso que Dios nos dio.

Si implícita y explícitamente somos hombres de las bienaventuranzas, los discursos morales, las celebraciones litúrgicas y todo lo referente al ámbito de la comprensión racional de Dios nos llevarán a la satisfacción personal y a la construcción de una vida santa y feliz.

2.3. Jesús la encarnación del hombre bienaventurado⁸⁸

Si para entender y aceptar el llamado a la santidad basta con ver, conocer y seguir a la persona de Jesucristo, para acercarnos a Él, es preciso entender que Jesús es el primer bienaventurado.

Jesús reveló al Padre y nos enseñó a adoptar el camino correcto hacia la santidad a partir de su propia vida, la cual desde ninguna perspectiva fue fácil, pero siempre fue alimentada y mantenida por constantes manifestaciones de felicidad, oración,

⁸⁸ Con Jesús, el hombre bienaventurado, se hacen realidad las promesas del antiguo testamento. En él se da la irrupción definitiva de Dios, ya no hay promesas, ya con él somos dichosos, aceptarlo y vivir con él es vivir la actualidad de la felicidad. Solo, en el hoy, se espera la respuesta del hombre. Dios ya hablo. Jan Lambrecht. "pero yo os digo...". Sígueme, Salamanca, 1994, cap. 2.

servicio, amor, fe y esperanza. De manera que con su propia existencia nos enseñó a permanecer en coherencia con su Palabra y con el querer del Padre para los hombres. La santidad cristiana y la felicidad humana serían, por tanto, la total coherencia en la relación con Dios.

Ahora bien se trata de una felicidad – santidad que no está representada en el cumplimiento mecánico y automático de la ley, sino en su observancia amorosa, a partir de un solo horizonte: la prevalencia del hombre, del sujeto, de la persona, sobre el texto legal. Por eso, en su momento, la predicación de Jesús fue bastante fuerte frente a las actitudes y comportamientos de los fariseos, los saduceos, los sacerdotes, los maestros de la ley y los escribas; no como una crítica total, sino como una crítica a la no vivencia de su espiritualidad de forma feliz sin profundidad y sentido de amor y responsabilidad con la salvación de otro.

La Palabra nos muestra cómo Jesús estableció el verdadero alcance de la ley, teniendo como único criterio de interpretación la recuperación de la dignidad del hombre, que no es otra que su derecho a ser respetado y adquirir la felicidad, viviendo no como un sujeto cumplidor, sino uno verdaderamente semejante del creador (Mt 5, 38-39).

Cuando seamos capaces de recuperar la persona de Jesús⁸⁹, no como un postulado teológico o para soportar los discursos morales o políticos, sino como el maestro de amor, de la coherencia, de la humanidad, siendo tan humano como nosotros, menos en la infelicidad, seremos capaces de descubrir por qué Él se convierte para el hombre de hoy, creyente o no, en un ejemplo claro de que si es posible ser santo siendo feliz.

Muchos pensadores, especialmente teólogos, biblistas, moralistas y espiritualistas, han tenido una aproximación a Jesús desde la academia, desde postulados o reelaboraciones, muchas de ellas validas pero a la vez aniquiladoras de la humanidad de Jesús, de su identidad, de su ser terreno, de su carnosidad, optando exclusivamente por su divinidad, a costa de sí mismo. Por esto, se dice que recurrentemente sólo se cree en él como Dios mientras que su humanidad, se convierte en un referente solo como vehículo de su carácter divino

Aquí es necesario tener cuidado, pues no decimos que haya que olvidar lo divino para ver mejor a Jesús, todo lo contrario, en la grandeza de su divinidad, encontramos la grandeza de la humanidad, porque para ser santo se necesita ser muy humano y tener al tope la divinidad.

⁸⁹Cf. Mt 5, 17-20. ..Es la ley nueva. Ordena lo que hace crecer en la vida y prohíbe lo que la disminuye. Jesús es el primero que vive el amor. Su justicia no es la de la ley antigua, la de la tradición o culto: es la excesiva del hijo de Dios. El vive la Palabra en toda su extensión, como voluntad de Dios, dándole cumplimiento desde dentro, desde su interior filial. Silvano Fausti. "una comunidad lee el Evangelio de Mateo". San Pablo, Bogotá, 2005. Pág. 77-79.

Ir al hombre bienaventurado es ir al Jesús de la vida, al maestro, al nombre sobre todo nombre, que con su vida nos concretó lo que predicó en la montaña. Desde esta humanidad podríamos hablar de un hombre que siente el fracaso, el dolor, la tristeza, la desilusión, traición, el abandono de Dios, es decir, encarna toda la realidad doliente del hombre de ayer y de hoy.

Pero desde su humanidad y con una espiritualidad cimentada en la confianza infinita en el Padre, no como su igual sino como su siervo, nos lleva a la pedagogía de la felicidad. No como una expresión puramente externa, sino como un estado del alma que impregna a todo el ser corpóreo y pone en actitud aparente de fracaso, pero que en sí es de victoria. Por ello vemos un hombre de carne y hueso, con actitudes libres frente a los excluidos, los sufridos, los apartados, no como una filantropía, sino como un impulso feliz que se complementa en el encuentro del otro, aunque no haya sonrisas o expresiones alegres.

Expresión y resumen de esta vida bienaventurada es la cruz. Solo allí se puede entender cómo un hombre, confiado en Dios, con una realidad concreta de dolor y aniquilación, puede ser feliz. Los textos bíblicos no nos hablan de risas o expresiones que muestren esta afirmación, pero sí nos hacen entrever que sólo un hombre plenamente coherente puede superar el fracaso, el dolor y la

muerte, es decir, ser un hombre feliz. Expresión de ello la invocación sálmica en el camino de la cruz y en la cruz.⁹⁰

Porque la felicidad no se expresa solamente con manifestaciones de alegría, la cual hemos de entender como expresión o impulso sentimental del ser humano⁹¹, sino que es un estado del alma⁹² de total paz interior, de confianza y comunión con Dios. En Cristo eso se constata cada momento no por ser Dios, sino por ser feliz con su Dios, al que va descubriendo en su devenir histórico.

Volver al Jesús histórico-humano, sin polarizaciones, es recuperar la esperanza del hombre moderno y darle motivos para seguir creyendo, no en realidades trascendentes, lejanas y futuras, sino en los dones que Dios ofrece a cada ser humano aquí y ahora, y hacer memorial de la promesas del creador sobre sus creaturas.

De nuevo hacemos la salvedad: para ver a Jesús feliz, no es necesario dividir lo humano de lo divino, sino verlo como Dios

⁹⁰ Cf. Sb 6, 3; Sal 31, 6; sal 22, 2. Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998

⁹¹ "Entre las numerosas vivencias efectivas se distinguen tipos entre los que se destacan: el estado de ánimo, los afectos y las pasiones. Los estados de ánimo son los estados emocionales más o menos prolongados que dan un colorido determinado a todas las vivencias del individuo: alegría, angustia. Smirnov Leontiev. Psicología. Grijalbo, México, 1965.

Sentimiento grato y vivo, producido por algún motivo de gozo placentero o a veces sin causa determinada, que se manifiesta por lo común con signos exteriores. Real academia española. Diccionario de la lengua española. Madrid, 1992, XXI edición.

⁹² Estado de ánimo (alma) que se complace en la posesión de un bien. Real academia española. Diccionario de la lengua española. Madrid, 1992, XXI edición.

verdadero y hombre verdadero, real y presente en el mundo; y primer modelo de la santidad que se puede lograr con grandeza y felicidad. En definitiva, es muy posible tener una gran felicidad humana y una real santidad cristiana.

2.4. La infelicidad un camino a la ruptura con Dios

Al volver los ojos sobre la persona y mensaje de Jesús, estamos volcando nuestra mirada sobre el hombre y se nos impone la tarea dada, mal entendida por siglos, de evangelizar. Este proceso no es otra cosa que compartir la buena noticia de la bienaventuranza, es decir, la certeza de que sí se puede ser feliz y vivir en santidad y que la tarea a realizar es necesario construirla cada día en medio de las realidades propias.

En esa construcción, hemos de superar el peso de la moral que juzga, no para hacer la vida más laxa, sino para posibilitar la realización de la felicidad. ¿Quién puede ser feliz con un costal de realidades duras y espinosas?; ¿quién puede así elevar la cara para ver el paraíso que Dios ha creado para nosotros y que no está en el más allá, sino que se construye desde aquí?

Las convicciones religiosas acusadoras, el peso del dedo señalador del legislador canónico, la dura predicación moralista descontextualizada, ponen al creyente contra la pared imprimiéndole una mirada demasiado pesimista de la vida y de sí mismo. Situación ésta que nos obliga a seguirlo con miedo y verlo

como un inquisidor, y a buscar la religión como un paliativo, y no con un ente liberador, ni como un instrumento que nos pueda acercar a nuestra salvación. Aún más, vivimos obligados a llevar una vida cargada con un lastre acusador de la conciencia, reflejando así una actitud triste y amargada.

Si Jesús, nuestro maestro o modelo de vida alcanzable, fue feliz, esa misma ha de ser nuestra tarea: hacer feliz a cada creyente. Lo que le llevaría a descubrir por sí mismo que toda ruptura dentro de su felicidad lo llevará a la infelicidad, por tanto a la amargura y como consecuencia la esclavitud que solo deja pesimismo y fragmentación interior.

No se trata de hacerle la vida al hombre de hoy más ligera, sino de ayudarle a descubrir su verdadera misión en el mundo, no con leyes externas que hacen más firme y sustentada su amargura, sino que a la luz del hombre feliz y de la comunidad feliz, pueda descubrir que está faltando al don maravilloso de la santidad. También sería necesaria la construcción de un hombre nuevo capaz de decidirse por vivir el camino de la felicidad que le aleja del pecado o el camino de la esclavitud que lo acerca a él. Con claridad y determinación hay que llegar hasta el extremo en la lucha por alejar todo aquello que nos aleja del Dios de nuestra felicidad.

Desde Jesús y su predicación se busca que cada ser humano elabore su felicidad y sea coherente con ella. Sólo desde allí, el hombre libre será constructor de su vida en consonancia con el

Evangelio y podrá ser colaborador de la construcción de un mundo nuevo.

Un hombre feliz, aún en medio de vicisitudes cotidianas, podrá cada día ser portador de una palabra esperanzadora y liberadora sobre sus hermanos, y por tanto todo deseo de destrucción en el ya no tendrá cabida, aunque su humanidad débil está supeditada al error. Una cosa es el error otra la maldad.

En la predicación tradicional del pecado y la religión se han forjado grandes hombres de fe y buenos cumplidores de las normas piadosas, pero pocos seres felices y coherentes consigo mismos. Si ponemos en práctica las enseñanzas de Jesús bienaventurado, tendremos hombres felices en constante lucha por no perder este estado. Por tanto, hombres más comprometidos consigo mismos y con la sociedad, y no cumplidores de ley impuesta, hombres obedientes, pero no felices.

3. Hacia una construcción de una espiritualidad de la felicidad

Este proyecto de la búsqueda de la santidad feliz se enmarca dentro del ámbito de la espiritualidad. Por tanto, el ejemplo a seguir no puede ser otro que la persona de Jesús, fuente primordial de la espiritualidad cristiana. Como él, debemos adoptar una actitud distinta frente a la vida, reflejando con acciones y sentimientos las manifestaciones de alegría y felicidad como fieles testigos y

discípulos de Jesús, misión que Él mismo nos encomendó: *"vayan por todo el mundo y anuncien a todos la buena noticia. El que crea y sea bautizado, obtendrá la salvación; pero el que no crea será condenado"* (Mc 16, 15-16). Este es pues el piso fundamental de una espiritualidad de la felicidad.

Si emprendemos la empresa de construir una espiritualidad que dé sentido, coherencia y paz interior a cada creyente, estaremos dando pasos agigantados a la espiritualidad de la felicidad, no como una escuela sino como una consecuencia de la relación con Dios creador y con el Dios encarnado.

El primer paso para la espiritualidad de la felicidad será acercarse a Dios con actitud no de sumisión o miedo, sino de agradecimiento, y crear con Él un diálogo más cercano, con la cara levantada y el corazón limpio y feliz, desde la misma humanidad. Se trata coherentemente, de la santidad hoy y acá, al estilo de Jesús que fue feliz y santo.

No estamos creando una nueva espiritualidad o escenario de relaciones con Dios, sino tomando lo que con gran dolor hemos dejado en el baúl de los recuerdos: la relación con el Dios con nosotros y la vida con el Dios encarnado. En esta relación Dios no pierde su trascendencia, pero no se nos muestra alejado sino presente y acogedor, es decir, aquí en medio de nosotros,

facilitando nuestra vida en medio de tantos bloques infranqueables de doctrina y teoría⁹³.

Hemos de potenciar en nuestras acciones pastorales una espiritualidad de la felicidad, que nos conduzca a la santidad, no en un futuro próximo, sino en un hoy real y humanizante. La gran preocupación, por tanto, ha de ser que cada creyente, se acerque felizmente a Dios, antes que mantenernos como militantes en una institución, asumiendo unas normas y leyes externas, pero que no transforman la vida interior.

Esta espiritualidad de la felicidad, como escenario de la santidad, se ha de desarrollar desde la misma realidad del hombre. Desde la estructura humana lo ha de elevar hacia una vida feliz, pero que se construye en el aquí y en el ahora. De esta manera se dará sentido a cada momento de la existencia y permitirá una relación íntima con el Dios de Jesús.

4. Escenarios para construir la espiritualidad de la santidad feliz

La santidad cristiana puede reorientarse y entenderse como el llamado a la plenitud de la vida cristiana, que parte de la realidad del hombre e implica la renuncia de éste a todas las cosas que le

⁹³ Cf. Mt 1,23 (Is 7, 14; 8, 8.10). Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998

impiden descubrirse, poseerse y amarse, en otras palabras, ser verdaderamente auténtico y feliz. La Iglesia juega un papel fundamental en el proceso de construcción de la santidad, dado que si bien es cierto que Cristo es el protagonista y el Espíritu de Dios es el motor, también es verdad que el contacto inmediato del individuo con Dios tiene lugar, por intermediación de la Iglesia y sus pastores.

Así, es preciso resaltar algunos medios de los que se vale la Iglesia para facilitar el proceso de acercamiento del hombre a Dios, así como para alimentar, mantener y fortalecer la fe de los creyentes y progresar con éxito hacia la culminación de su llamado a la santidad como sinónimo de felicidad.

Tales medios que nos parecen importantes son: la vida litúrgica, la formación doctrinal y el acompañamiento espiritual.

a. Vida litúrgica: si bien la riqueza litúrgica de las celebraciones católicas es reconocida y hace parte de un valor incalculable de la tradición Cristiana, también es cierto que muchas de las expresiones de las celebraciones no hacen honor al nombre "celebración", sino que conducen al tedio, monotonía y aspectos lúgubres, causando un alejamiento poco gozoso y comunitario del encuentro comunitario con Dios.

Si queremos dar paso a una espiritualidad de la santidad feliz, lo primero que debemos hacer es reconocer los valores en donde se

ejecuta la acción litúrgica. Desconocer esto es ir en contra del trasegar de Cristo que se hizo uno con nosotros. La liturgia y todas sus expresiones, en nuestro contexto latino, transgrede algunas veces las expresiones pluriculturales y étnicas presentes, llevando al creyente a un concepto triste y frío del rito.

Por ello, se ha de mantener el sentido insustituible y la riqueza espiritual de las celebraciones y expresiones litúrgicas de la iglesia, pero se han de adaptar a los contextos. De esta forma se ayuda a que sean expresión real, sentida y celebrativa de la fe bienaventurada del hombre de hoy, especialmente el latino. Hemos de hacer memoria de las celebraciones del antiguo Israel, como signo de la alegría, felicidad y agradecimiento por la presencia del Dios en medio de ellos. El mismo Jesús nos manifiesta el gozo de la vida espiritual y de la vida, como respuesta a la acción de Dios (Jn 2, 1-11)⁹⁴.

Por tanto, no se trata de transformar substancialmente la vida litúrgica, sino de darle sentido real de alegría que contiene en sí misma, devolver el lenguaje autóctono de la cultura y la expresión alegre del arte de nuestras tierras. Ello también nos llevaría a contextualizar la realidad sacramental, como una realidad santificadora, potencializadora de la felicidad y de la construcción gozosa de la comunidad, no como una obligación ritual, fría y sin sentido.

⁹⁴ Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1998

b. la formación doctrinal: como tarea primordial de la Iglesia, en todas sus expresiones, está la de formar en la fe, que ha de ser comprendida para poder, con sentido, ser vivida, celebrada y compartida.

Los medios y metodologías pueden variar, pero no se puede intentar moldear conciencias, sugerir conductas, señalar en forma de juicio o convertirse en la conciencia de la humanidad. Para una espiritualidad de la santidad feliz, se ha de seguir los parámetros de la primera comunidad cristiana⁹⁵, entender que formar es un proceso de ayuda y acompañamiento, nunca de imposición.

Toda formación ha de conducir, al encuentro con Cristo de manera personal y comunitaria, debe llevar a una vida auténticamente cristiana- santa, feliz. No se trata, por tanto, de divagar o de caer en la laxitud de la formación, sino de leer los signos de los tiempos. Igual que la liturgia, contextualizar y respetar al ser humano que se acerca, y llegar al corazón con la pedagogía de Cristo. Una pedagogía basada en el amor de las realidades humanas, la misericordia sobre el dolor del otro, el perdón sobre el hombre en el piso, el ejemplo de vida alegre y santa.

Quien tiene la tarea de formar ha de caminar por la misma realidad de todos los seres humanos, reconociendo que igualmente está en formación, se ha de acercar a la realidad del hermano,

⁹⁵ Cf. Hch 8, 26-40. Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1998

parar y escuchar el clamor de aquel que camina al lado. Explicar todo lo que Dios quiere del hombre, que no es otra cosa que sea santo-feliz desde Cristo y la vida propia.

Este es un camino apropiado para construir una espiritualidad ascendente y no como la hemos recibido: descendente. Una espiritualidad que se construya desde el hombre individual y lo lleve a la experiencia real de la comunidad humana, donde se sienta reconocido, redimido y plenificado en la esperanza.

c. acompañamiento espiritual: siendo un tema fundamental el acompañamiento ha de tener un ritmo y un fundamento. Es necesario caminar junto a las personas desde sus realidades, pues desde allí corresponde evangelizar. Nadie es feliz realmente con los sueños de otros, sino formando una vida de cercanía a Dios.

Acompañar significa caminar con alguien, compartiendo las vicisitudes de la vida, al estilo del Buen Samaritano (Lc. 10,25-37). Acompañar es sentir desde la propia humanidad los dolores del otro, los anhelos y sus esperanzas y desde ahí procurarle al acompañado razones existenciales para superar estos momentos históricos grises.

Cuando hablamos de acompañamiento espiritual no solo se habla en relación a los que llamamos "fieles", sino a toda la realidad humana eclesial, primordialmente el clero en todas sus estancias,

desde la formación en los institutos o seminarios hasta la vida en el ejercicio ministerial. Una de las grandes quejas del hombre de hoy resulta de la falta de testimonio feliz de sus pastores y de la poca espiritualidad que se les ve. Por ello, hacer acompañamiento a los clérigos, desde su realidad humana, sería una forma de posibilitar hacia el futuro próximo pastores más humanos, más realistas, con una espiritualidad más cimentada y coherente, con una relación más vivencial con Dios y todo su entorno.

Es una prioridad contextualizar la espiritualidad y la formación, así como el acompañamiento. En medio de los escándalos del clero, de la deshumanización de la religión y del flujo constante de los católicos hacia otras realidades o alternativas espirituales, se ha de utilizar la pedagogía de Jesús: acercarse, escuchar, ir más allá de la apariencia, convivir dentro de la realidad y no abrogarse nada sobre sí, sino todo al Padre.

Si queremos cristianos santos y felices, la preocupación del acompañamiento espiritual debe ser tarea de todos aquellos que tienen carga pastoral y responsabilidad bautismal. Podríamos decir que acompañar espiritualmente es humanizar al hombre y desde allí ponerlo en perspectiva de la realidad trascendente. Si Dios se hizo hombre para redimir nuestra humanidad y la exaltó, ¿por qué ahora el hombre y la iglesia se hacen dios por encima de su humanidad, sin importar aniquilarla?, y a ello le llaman espiritualidad y se nos la presenta como modelo.

Por eso, acompañar espiritualmente ha de ser un proceso de camino ascendente desde nuestra vida histórica, realidad existencial y contexto cultural. Proceso que lleve al hombre al encuentro con Dios, en cada uno de sus hermanos, encuentro gozoso, por tanto feliz, posibilitador de santidad.

Constantemente se cree que la tarea de la Iglesia es adoctrinar, instruir, catequizar, mantener normas litúrgicas y morales, pero poco se hace con el acompañamiento humano y especialmente espiritual. Nosotros creemos que lo primero que se ha de hacer, como lo hizo Jesús, es acompañar, estar, compartir, conocer y desde allí crear espacios donde se construya la felicidad.

Ahora bien, para hacer realidad el mandato de Dios, de ser santos como Él, y llevar al ser humano a la vivencia de las bienaventuranzas, es imprescindible tomar conciencia del abandono a los predilectos de Dios, los pequeños que no cumplen con las leyes de la iglesia y que, por tanto, no son objeto de nuestro acompañamiento, para no contaminarnos. Nos referimos a las personas en unión libre, gay, mujeres, encarcelados, teólogos que se han atrevido a pensar diferente, sacerdotes que, fieles a su humanidad, "yerran" etc. Conviene recordar que acompañar no es otra cosa que superar los obstáculos sociales para ir a la persona que ha sido creada a imagen y semejanza de Dios.

Finalmente, un acompañamiento, como lo dice Castillo, realmente espiritual⁹⁶, no político, no religioso, no moral, con una centralidad netamente evangélica, necesariamente enfocada en la persona de Jesús y su vida, como reflejo del hombre bienaventurado, samaritano, libre y totalmente humano, con los ojos y el corazón levantado a su Padre. Un acompañamiento así entendido puede llevar a la muerte del fariseo que llevamos dentro⁹⁷, para así centrar la vida en aquello que es fundamental: la felicidad como camino a la santidad.

⁹⁶ Cf. José María Castillo. *Espiritualidad para Insatisfechos*. Trota, Madrid, 1997, pág. 147.

⁹⁷ Cf. José María Castillo. *Dios y nuestra felicidad*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2001, pág. 81-124.

CONCLUSIONES

Ahora no sólo podemos decirlo hipotéticamente, sino que lo afirmamos: es posible ser santo y feliz. Y lo vemos como una realidad clara y una tarea que todos los hombres debemos realizar. Llegar a la cima de la santidad supone algunos peldaños lógicos y sencillos, empezando desde lo terrenal hasta llegar a lo trascendente, pues para eso hemos sido creados, para que desde la tierra podamos saborear la realidad del cielo: la plenificación de los hijos de Dios.

Caminando por el saber teológico, otras ciencias auxiliares, las experiencias personales y pastorales e iluminados por nuestro autor José María Castillo, llegamos a este punto y propuesta. Sólo queda que todos hagamos la tarea. Luego:

1. La teología no puede ser una simple especulación de verdades consideradas sin relación con los destinatarios de las mismas, seres humanos, creyentes y no creyentes. Pues en la esencia misma de la teología está el hecho de ser un mensaje útil e interesante para la gente.

2. Lo más determinante para el hombre en su proceso de búsqueda de respuestas y soluciones a sus interrogantes personales no son las grandes teorías sino los vínculos que establecemos entre los seres humanos y la felicidad que allí construyamos.

3. La teología de la liberación surgió como una reflexión sobre la práctica liberadora que emprendieron naciones oprimidas que reclaman un proceso de restauración social.

4. La Iglesia debería ofrecer una nueva experiencia cristiana espiritual especialmente para aquellos que tienen hambre y sed de justicia.

5. La Iglesia debe reconsiderar profundamente sus jerarquías y sistemas de poder para no seguir siendo un antitestimonio de la vida cristiana.

6. La felicidad es un bien que se debe buscar y alcanzar para la realización del hombre y aunque no se busque exclusivamente en los bienes externos, es una inquietud apremiante del ser humano que surge desde su vivir cotidiano.

7. La felicidad, expresada en las bienaventuranzas, constituye el centro del discurso programático de Jesús.

8. La espiritualidad es una experiencia de vida que se realiza a partir de la madurez de la fe y en consonancia con la realidad teológica del individuo: hijo y hermano en Cristo.

9. El punto de partida de toda espiritualidad cristiana es el seguimiento de la persona de Jesús y la opción de la libertad con todas sus consecuencias.

10. Es preciso superar la creencia de que todo lo religioso es opuesto a la felicidad. El Dios que Jesús nos revela no es un ser despiadado y terrible que goza con el dolor del hombre, sino un Dios de misericordia.

11. La espiritualidad es el telón de fondo para la realización del querer de Dios y el anhelo de los individuos: el llamado a la santidad y la obtención de la felicidad.

12. Para ver a Jesús feliz no es necesario dividir lo humano de lo divino, sino verlo como Dios verdadero y hombre verdadero, real y presente en el mundo, primer modelo de santidad que se puede lograr con grandeza y felicidad. Por ello, es posible tener una gran felicidad humana y una real santidad cristiana.

13. La santidad cristiana puede reorientarse y entenderse como el llamado a la plenitud de la vida cristiana que parte de la realidad del hombre e implica abandonar todas las cosas que le impiden descubrirse, amarse y ser verdaderamente auténtico y feliz.

BIBLIOGRAFÍA

1. DE JOSE MARÍA CASTILLO SÁNCHEZ

Teología para comunidades. Madrid: San Pablo, 1990.

Dios y nuestra felicidad. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001.

Espiritualidad para insatisfechos. Madrid: Trotta, 2007.

1.1. Fuentes secundarias de Castillo

Entre las principales obras de José María Castillo, se destacan:

Oración y existencia cristiana, Salamanca 1969;

¿Hacia dónde va el clero?, Madrid 1971;

Fe y justicia con González Faus y otros, Salamanca 1981,

Teología de la Iglesia;

La Iglesia de Jesucristo;

El discernimiento cristiano, Salamanca 1983;

La alternativa cristiana, Salamanca 1978;

De la ambigüedad al compromiso;

El seguimiento de Jesús, Salamanca 1986;

Eucaristía y vida, hoy;

Teología y magisterio, Salamanca 1987;

Los ministerios en la Iglesia, Madrid 1983;

La Iglesia y los Profetas, Córdoba 1989;

Teología para comunidades, Madrid 1990;

Para comprender los misterios de la Iglesia, Estella 1993;

Espiritualidad para comunidades, Madrid 1995;

Las siete palabras de José María Castillo, Madrid 1996;

El Evangelio de Jesús;

La Iglesia y el Evangelio;

Iglesia, comunidad y liberación;

Cómo ser cristiano;

Los pobres y la teología. ¿Qué queda de la Teología de la Liberación?, Bilbao 1997;

El Proyecto de Jesús, Salamanca 1985;

Escuchar lo que dicen los pobres a la iglesia;

El reino de Dios. Por la vida y la dignidad de los seres humanos, Bilbao 1999;

Símbolos de libertad: teología de los sacramentos, Salamanca 1981;

La Iglesia que quiso el Concilio, Madrid 2001;

El futuro de la vida religiosa: de los orígenes a la crisis actual;

Víctimas del pecado;

Iglesia y sociedad en España;

La ética de Cristo;

Humanizar a Dios: El Padre, el Hijo, el Espíritu Santo;

Leonardo Boff, el precio de la libertad;

La Iglesia y los derechos humanos.

2. DE OTROS AUTORES

BOSCH, Juan. *Panorama de la teología española*. Navarra; Verbo Divino, 1999.

SÁNCHEZ GARCIA, Urbano. *La opción del cristiano*. Tomo I
Madrid: Atenas, 1984.

RAHNER, Karl. *Curso fundamental sobre la fe*. Barcelona: Herder, 1984.

BARTH, Karl. *Introducción a la teología evangélica*. Salamanca: Sígueme, 2006.

LATOURELLE, Rene. O' COLLINS, Gerald. *Problemas y perspectivas de la teología fundamental*. Salamanca: Sígueme, 1982.

NOLAN, Albert. *Jesús, hoy*. Santander: Sal terrae, 2007.

GUTIERREZ, Gustavo. *Teología de la liberación*. Salamanca: Sígueme, 1999.

- PARRA, Alberto. S.J. *De la Iglesia misterio a la Iglesia de los pobres*. Bogotá: Ed. Universidad Javeriana, 1984.
- MARTIN, Mateo Andrés. *Puedo ser otro y feliz*. Madrid: Sociedad de educación Atenas, 1995.
- GAMARRA, Saturnino. *Teología espiritual*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2004.
- WHITTAKER, James O. *Psicología*. México: Nueva editorial interamericana, 1970.
- LAMBRECHT, Jan. *Pero yo os digo...* Salamanca: Sígueme, 1994.
- SOBRINO, Jon. LOIS, Julio. SÁNCHEZ – RIVERA, Juan. *La teología de la liberación en América Latina, África y Asia*. Madrid: Ed. PPC, 1998.
- PIKAZA, Xabier. *Hijo de hombre, historia de Jesús galileo*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2007.
- ESPEJA, Jesús. *¿Qué es eso de... teología de la liberación?* Bogotá: El búho, 1986.
- GRÜN, Anselm. Dufner Meinrad. *Una espiritualidad desde abajo*. Madrid: Narcea, 2007.
- GRÜN, Anselm. *Nuestras propias sombras*. Madrid: Narcea, 1996.
- FLICK, Maurizio. ALSZEGHY, Zoltan. *Antropología Teológica*. Salamanca: Sígueme, 1977.

ACADEMIA DE CIENCIAS PEDAGÓGICAS DE LA R.S.S.F.R.
Psicología. México: Grijalbo S.A. 1965.

REAL ACADEMIA Española. *Diccionario de la lengua española*.
Madrid: mateu-Cromo, 1998.

BOSCH, Juan. *Diccionario de teólogos/as contemporáneos*. Burgos:
Monte Carmelo, 2004.

TAMAYO, Juan José. *Nuevo diccionario de teología*. Madrid: Trotta,
2005.

JEREMIAS, Joachim. *Las parábolas de Jesús*. Navarra: Verbo divino,
1992.

SCHNEIDER, Theodor. *Manual de Teología dogmática*. Barcelona:
Herder, 1996.

HERLING, Ludwig. *Historia de la Iglesia*. Barcelona: Herder, 1979.

LEÓN-DUFOUR, Xavier. *Vocabulario de Teología Bíblica*. Barcelona:
Herder, 1978.

3. FUENTES AUXILIARES

FRANKL, Viktor. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder,
2004.

MONBOURQUETTE, Jean. *Reconciliarse con la propia sombra*.
Santander: Sal Terrae, 1999.

FAUSTI, Silvano. *"una comunidad lee el Evangelio de Mateo"*.

Bogotá: San Pablo, 2005.

SAN AGUSTIN. De la vida feliz

PABLO VI. Exhortación apostólica *Gaudete in domino. Sobre "la alegría cristiana"*. Ciudad del Vaticano: 1975.

4. DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO

4.1. MAGISTERIO LATINOAMERICANO

Conclusiones Medellín. Bogotá: CELAM, 2002.

Puebla comunión y participación. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1982.

Conclusiones Santo Domingo. Bogotá: CELAM, 1992.

Documento conclusivo, Aparecida. Bogotá: 2007.

4.2. MAGISTERIO UNIVERSAL

DENZINGER, Enrique. El Magisterio de la Iglesia. Barcelona:

Herder, 1963.

Catecismo de la Iglesia Católica. Bogotá: Conferencia Episcopal de Colombia, 1992.

Catecismo de la Iglesia Católica. *Compendio*. Ciudad del Vaticano:

Editriche Vaticana, 2005.

Documentos del Vaticano II. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1983.

Código de derecho canónico. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1984.

Biblia de Jerusalén. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1998.

JUAN PABLO II. *Vocación y misión de los laicos*. Bogotá: Paulinas, 1988.

PIO XII. *Sacra Virginitas*. Bogotá: Paulinas, 1954.

SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE.

Declaración acerca de ética sexual. Bogotá: Paulinas, 1990.

PABLO VI. *Anuncio del evangelio hoy*. Bogotá: Paulinas, 1986.

PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA. *Vademecum para los confesores sobre algunos temas de moral conyugal*. Città del Vaticano: Editriche Vaticana, 1997.

SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE.

Declaración "Inter insigniores" sobre la cuestión de la admisión de las mujeres al sacerdocio ministerial. Ciudad del Vaticano: L' Osservatore Romano N. 30 de enero de 1977.

JUAN PABLO II. *Carta Apostólica de "Ordinatio Sacerdotalis"*.

Ciudad del Vaticano 22 de mayo de 1994, L'Osservatore
Romano 3 de junio de 1994.

PABLO VI. Encíclica "*Sacerdotalis Coebatus*". Ciudad del Vaticano:

Roma 24 de junio de 1967.

Misal Romano tercera edición típica para Colombia. Bogotá:

Conferencia Episcopal de Colombia, 2008